

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

la muerte tiende una trampa

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CLARK CARRADOS

LA MUERTE TIENDE UNA TRAMPA

Colección PUNTO ROJO n.º 589

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Depósito legal: B. 17.049-1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio, 1973

© CLARK CARRADOS-1973

texto

© MIGUEL GARCIA-1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel día, Harry Shadd recibió la más extraña carta que nadie le había escrito en los días de su vida. Durante la primera lectura, creyó que soñaba en pleno día. Después, no, vio que no se trataba de un sueño. La carta decía:

«¿Pagaría usted
100 000

dólares por deshacerse de su socio, Milton Kenner? Si pudiera hacerlo sin que nadie le pidiese cuentas, sí, le asesinaría sin duda alguna. De este modo, mataría dos pájaros de un tiro: usted se quedaría dueño absoluto de la sociedad y, al mismo tiempo, se desquitaría de ciertas excesivas atenciones que la señora Shadd ha venido concediendo en los últimos tiempos al señor Kenner. Por lo que yo sé, la señora Shadd es una propiedad privada de usted y no un elemento en común de la sociedad. ¿Verdad que tengo razón?

»Puedo solucionarle estos problemas mediante el pago de la suma arriba indicada. Sería una eliminación fácil, discreta, con la que usted no sería relacionado jamás; no es usted, por otra parte, el único enemigo de Kenner.

»Esta misma noche, le llamaré por teléfono a su domicilio particular. La contraseña será “Infalible”. Usted no tendrá más que contestar si o no. Si contesta afirmativamente, recibirá nuevas instrucciones sobre el modo de entregar la cantidad citada.

»Y para demostrarle que puedo hacer lo que digo a la perfección, se lo probaré de un modo práctico. La escritura de esta carta desaparecerá a los dos minutos de abierto el sobre. El papel se auto-consumirá un minuto más tarde,

convirtiéndose en cenizas. ¡Por favor, póngalo sobre un cenicero!

»Suyo afectísimo,

»“Infalible”».

Shadd pegó un respingo al terminar la lectura. Casi de un modo maquinal, colocó la carta sobre un gran cristal de Bohemia que tenía en la mesa de trabajo.

Las letras se desvanecían ya. Con ojos fascinados, Shadd continuó contemplando el papel, hasta que vio que empezaba a humear.

Segundos más tarde, la carta no era sino un montoncito de cenizas. Harry Shadd temblaba convulsivamente de pies a cabeza.

¡Asesinar a Kenner!

Según los términos del contrato, si uno de los dos socios fallecía, la empresa pasaría a manos del superviviente, quien abonaría a sus familiares, en plazos adecuados, el importe de la mitad del difunto, de acuerdo con las cotizaciones del día del fallecimiento de dicho socio. Era un trato ventajosísimo, porque la empresa marchaba viento en popa, con beneficios en una gradación ascendente que no llevaba trazas de interrumpirse.

Además, estaba el problema de la bella y casquivana señora Shadd. Milton Kenner, en efecto, había tomado a Laura Shadd como propiedad de la empresa, cuando pertenecía exclusivamente a uno de los dos socios.

Harry Shadd tragó saliva. ¡Asesinar a Kenner!, se repitió mentalmente, una vez más.

Era algo en lo que había pensado en más de una ocasión, aunque sin el menor propósito de llevarlo a la práctica. Pero ahora, aquel enigmático sujeto, que se autodenominaba «Infalible», le proponía la ejecución de lo que, hasta entonces le había parecido un sueño irrealizable.

Claro que le costaría caro, pero quizá valía la pena. Acaso resultaría interesante invertir cien mil dólares en un asesinato, para ganar mucho más en lo sucesivo, aun contando con los pagos que habría de hacer a los herederos de la víctima.

Se preguntó cómo «Infalible» había podido conseguir tantos detalles de él y de sus problemas. Mediante una buena información,

seguro.

Aquella noche, en el salón privado de su lujosa residencia, Harry Shadd, con una copa en las manos, esperó largo rato, fijos los ojos hipnóticamente en el teléfono. De pronto, casi cuando menos lo esperaba, el timbre estalló, haciéndole dar un salto en el asiento.

Agarró el auricular con mano nerviosa y lo acercó a su cara.

Una voz baja, pastosa, evidentemente disfrazada, sonó al otro lado del hilo:

—«Infalible».

—Sí —dijo Shadd.

No hubo más. Con estas dos palabras, quedó sellada la suerte de Milton Kenner.

Esperaba pacientemente. Tom Dealon, a quien los amigos llamaban Chipp, aguardaba entre las sombras la llegada de un individuo.

En lo personal, Dealon no tenía grandes motivos contra Bory Stuescher. Una o dos veces se habían encontrado y, en ambas, Stuescher se había burlado de él, a causa de su, pretendidamente, baja estatura. En realidad, Dealon tenía una estatura mediana, quizá tirando a baja, todo dependía de los puntos de vista, pero en modo alguno se le podía llamar enano.

Además, usaba gafas con gruesos cristales. Pocos sabían que los cristales no eran sino un pequeño truco con el que había engañado a más de uno. La miopía de Dealon era muy escasa y casi podía pasarse sin las gafas. Pero los cristales, hechos construir muy gruesos a propósito, habían dado algún chasco a más de uno. Además, eran irrompibles.

Por otra parte, Dealon cultivaba mucho sus músculos. Debajo de unas ropas de inofensiva apariencia, había un cuerpo de hércules. Dealon conocía bien, magníficamente bien, lo que eran el judo y karate y nadie hubiera podido suponer, al ver a aquel inofensivo oficinista, que era capaz de romper un muro de ladrillos al primer puñetazo o levantar sin esfuerzos un peso de ciento veinte kilos.

Una de las veces, Stuescher se había burlado llamándolo enano y macaco. A Dealon no le había importado entonces; ciertos insultos, y menos según de quien provenían, carecían de importancia para él.

Pero ahora las cosas eran distintas. Se trataba de un asesino profesional.

Un amigo suyo había sido asesinado misteriosamente. Dealon tenía buenas razones para suponer que Stuescher era el autor del crimen. Bory Stuescher era hombre que vivía de matar a los demás.

Stuescher apareció de pronto. En la vecindad estaba considerado como un honesto viajante de comercio, que vivía solo en una pequeña casita, de la cual cuidaba una mujer que venía a hacer la limpieza todos los días. De cuando en cuando, Stuescher emprendía un viaje de negocios.

A los pocos días, alguien moría asesinado en alguna distante población del país. A Dealon le había costado varios meses de ardua investigación dar con Stuescher.

Hacía ya un año que no se veían. En realidad, Dealon era un forastero en Newmills. La población le gustaba y empezaba a considerar la posibilidad de quedarse a vivir allí. Era soltero, no tenía ataduras familiares y poseía la suficiente independencia económica como para no tener que atarse a determinado empleo o trabajo.

Dealon le aguardaba agazapado en el jardín. Vio a Stuescher que detenía el coche junto a la acera y que, tras quitar el contacto y apagar las luces, se apeaba con aire satisfecho.

El asesino avanzó a lo largo del sendero central. Sacó la llave para abrir la puerta de la casa y entonces fue cuando oyó una voz a sus espaldas:

—No te muevas, Bory. Te tengo cubierto y haré fuego si sólo se te ocurre estornudar.

Stuescher se quedó rígido en el acto.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Hace un año, en Borndell, me llamaste enano y macaco. Tuvimos una discusión por una rubia. Yo te la dejé; aquella prójima no merecía la pena liarse a mamporros con un hombre.

—Creo que tengo una vaga idea... ¡Dealon! —exclamó Stuescher de repente.

—El mismo, Bory.

—Pero no entiendo. ¿Por qué me amenaza?

—Te refrescaré la memoria: Carl Lander. Tú lo asesinaste, porque alguien te pagó por su muerte. Lander era mi mejor amigo.

—Oh —murmuró Stuescher.

—He conseguido averiguar quién te pagó. Ya se cuidarán de él

las autoridades de Borndell. De ti me voy a encargar yo.

Stuescher soltó una risita.

—¿Me vas a pegar un tiro? Haría mucho ruido, Dealon — exclamó.

—No. Dentro de unos minutos, la policía de Newmills se encargará de ti. Te buscan en muchas otras ciudades. Tienes una docena de muertes sobre tu conciencia. No te ejecutarán, pero te pasarás en la cárcel el resto de tus días.

Hubo un instante de silencio. Stuescher decidió arriesgarse.

Era un sujeto enorme, de casi un metro noventa y ochenta y cinco kilos de peso. Pasaba un palmo a Dealon y no era un hombre lento.

De pronto, se revolvió velozmente. Esperaba desviar con el codo la pistola supuestamente encarada a sus riñones, pero se equivocó.

Un torbellino humano cayó sobre él. Dos manos le golpearon crudamente los flancos, rompiéndole sendas costillas. Un codo subió venenosamente hacia su mandíbula.

Stuescher gorgoteó. El siguiente golpe fue dirigido a su garganta y casi le cortó la respiración. Antes de que pudiera rehacerse, sintió que su brazo derecho se convertía en un sacacorchos.

El dolor resultó insoportable Stuescher, pese a su fortaleza, se desmayó.

Media hora más tarde, la patrulla nocturna pasó por allí y encontró a un hombre magullado y semiinconsciente en el interior de un coche, cuyas luces exteriores estaban encendidas. Cuando los policías reconocieron al ocupante del vehículo, vieron prendida sobre sus ropas una nota manuscrita:

«Asesinó a Carl Lander en Borndell el
12-4-71».

CAPÍTULO II

Aquella muchacha era muy alta y esbelta. Dealon se pirraba por las mujeres altas y la que caminaba con paso felino delante de él parecía incluso más alta que él. Era morena y tenía los ojos verdosos, según había comprobado momentos antes, en un cruce casual. Ahora, también casualmente, seguían el mismo camino.

Dealon le aplicó un calificativo que le cuadraba muy bien en su opinión: «Gacela». Le hubiera gustado trabar contacto con ella, pero, en el fondo, era un tímido y la chica le parecía demasiado distante para aceptar en plena calle el diálogo con un desconocido.

Stuescher estaba ya en manos de la policía. Los diarios de Newmills habían hablado largamente de ello los días anteriores. Nadie conseguía explicarse quién era el autor del apaleamiento del asesino profesional.

Pero Dealon tuvo que dejar de seguir a la chica; ya estaba llegando al final de su viaje. Había concertado una cita con un agente comercial, que se ocupaba de comprar, vender y alquilar casas y departamentos. Suspirando resignadamente, Dealon dejó de caminar.

Consultó el reloj. La hora de la cita estaba ya próxima. Ya había llegado al lugar convenido y, si la casa que le iban a alquilar era aquella que tenía a diez metros de distancia, al otro lado de un pequeño, pero bien cuidado jardín, podía decir que le gustaba bastante, al menos, a primera vista.

Entonces vio venir a un hombre de bastante edad hacia él. El anciano, de porte distinguido y abundante cabellera blanca, caminaba apoyado en un bastón.

Parecía un profesor jubilado, pensó Dealon. De súbito, oyó en las inmediaciones el rugido de un motor.

Volvió la cabeza. Un coche se acercaba a aquel punto, acelerando brutalmente. Dealon presintió que el vehículo iba a

saltar a la acera, justo en el lugar donde se encontraba el anciano.

La reacción de Dealon fue maquinal, instantánea: saltó hacia adelante y agarró al anciano por un brazo, tirando de él sin ninguna ceremonia. Un instante después, rodaban los dos por el suelo, mientras la pesada mole del vehículo zumbaba atronadoramente a pocos centímetros de distancia.

El automóvil pegó un par de saltos enormes, mientras su conductor se esforzaba por dominarlo. Se oyeron gritos de terror en las inmediaciones.

La máquina volvió a la calzada y escapó a toda velocidad. Dealon se sentó en el suelo y miró al anciano, que parecía notablemente asustado.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó cortésmente.

—Sí, sí... He estado a punto de morir... Ese loco no tiene la menor idea de lo que es conducir...

Dealon se puso en pie de un salto. Acudían algunos curiosos. Un policía hizo funcionar su silbato en las inmediaciones.

Dealon ayudó a ponerse en pie al anciano, quien le dio las gracias muy efusivamente. El policía tomó nota del incidente. Nadie, sin embargo, supo facilitar la matrícula del coche tan imprudentemente conocido.

El anciano se despidió de Dealon, tras haberse presentado: Sam Brawson, profesor retirado. «Tengo una vista de águila», pensó Dealon, satisfecho.

El corredor de fincas llegaba en aquel momento. Dealon le explicó brevemente lo ocurrido. Luego dijo:

—Bien, veamos ahora esa casa. Si por dentro me satisface tanto como por fuera, tengo la seguridad de que hoy mismo firmaré el contrato de alquiler.

La casa le gustó, sí, incluso el mobiliario y la decoración.

—Se nota que los dueños son personas de buen gusto —comentó, mientras se disponía a firmar el cheque que cubría seis meses de alquiler.

Entonces, el agente le preguntó por su profesión.

—No es por nada, pero... Bueno, usted puede imaginarse, señor Dealon. Convendría que yo lo supiese, aunque ha de comprender que su respuesta será enteramente confidencial...

—Oh, no hay inconveniente —contestó Dealon—. Soy abogado.

—¿Piensa abrir bufete en Newmills, señor Dealon?

—Probablemente —fue la respuesta que a nada comprometía y que Dealon estimó la más conveniente en aquellas circunstancias.

Dealon fue a hotel y abonó la cuenta. Luego hizo el equipaje y se trasladó a su nueva residencia.

Atardecía ya cuando entraba en la casa. Dio la luz y encontró a una persona conocida sentada en un sillón.

—¡Usted! —exclamó, sin poder contenerse.

«Gacela» sonrió.

—¿Le extraña verme en su casa, señor Dealon? —preguntó.

El joven procuró recobrase de la sorpresa.

—Me costaría muchísimo definir lo que siento en estos instantes —contestó—. Pero me resultará mucho más sencillo decirle el calificativo que le apliqué esta tarde.

—¿Es elogioso? —preguntó ella.

—Juzgue usted misma. En cuanto la vi, me pareció una gacela.

La joven soltó una leve carcajada, a la vez que se ponía en pie. Dealon estudió a placer su esbelta anatomía, enfundada en un cortísimo traje rojo oscuro, sin mangas, que dejaba al descubierto dos piernas de fascinantes contornos.

Bolso y zapatos iban a juego. Era evidente que la chica sabía vestirse, pensó.

—Me gusta el calificativo —dijo ella—. Me llamo Julia Cluter, señor Dealon.

—Acabo de instalarme hoy. No sé si los dueños de la casa dejaron alguna botella en medianas condiciones de uso. Pero en la cocina, por lo menos hay agua y café.

—Entonces, vamos allá —propuso Julia desenvueltamente.

Cruzaron la sala. Julia abrió un armario y empezó a manejar los cacharros, con la misma seguridad que si estuviese en su casa.

—Señor Dealon, seguramente está preguntándose por qué he venido a verle —dijo ella, después de poner la cafetera al fuego.

—Me muero de curiosidad —admitió él.

—Usted es forastero en Newmills.

—Llevo aquí dos semanas escasas.

—Pero lee la Prensa. Hay dos periódicos.

—Sí, el *True of Newmills*, al que los cáusticos llaman *Pravda*, por lo mucho que miente —eso dicen ellos, no yo, por supuesto—, y el

Sentinel. Newmills es una población relativamente pequeña, pero muy próspera, y las numerosas industrias permiten la existencia de dos diarios.

—Celebro que esté tan bien informado, señor Dealon. En tal caso, habrá leído la noticia de la muerte de un tal Milton Kenner, conocido industrial de esta ciudad.

—Sí, algo leí, pero la policía, creo recordar, dio veredicto de muerte accidental.

—Fue un asesinato —declaró Julia tajantemente.

—Oh —murmuró él—. Tendrá usted sus razones para creerlo así.

—Muy poderosas, señor Dealon. Tan poderosas, como para encomendarle a usted la investigación de ese crimen.

Julia sirvió café. Dealon trataba de encontrarse a sí mismo, después de las sorprendentes palabras de su hermosa visitante.

—Me gustaría saber por qué quiere que yo investigue ese supuesto crimen, señorita Cluter —dijo al cabo.

—Hace días le vi en el jardín de cierta casa, aguardando a un supuestamente honrado corredor de comercio, que luego resultó ser un asesino profesional. Tengo un oído finísimo y yo no estaba tan lejos como para no poder escuchar cuánto hablaron. Me ha costado unos días dar con usted, pero al fin lo he conseguido —manifestó Julia.

—Y yo que creí que nadie me había visto —se lamentó él.
Julia sonrió.

—Mi casa es contigua a la de Stuescher —explicó—. La distancia entre ambas no es superior a doce metros. Pasada la media noche, los ruidos se oyen con toda claridad, aun los más leves.

—Me espiaba desde la ventana, ¿eh?

—Lo confieso. Me intrigó su actitud y decidí esperar a ver qué sucedía.

—Pero yo podía ser un asesino emboscado...

—No, porque le había visto por la tarde, merodeando por las inmediaciones de la casa de Stuescher, y pude apreciar que no es usted el tipo de individuo que se escondería para matar a otra persona. No digo que, llegado un determinado momento, no cometiese un homicidio: en un arranque de pasión, cosa muy dudosa, aunque posible, o en legítima defensa, lo cual resulta ya

más lógico. Descartada la posibilidad de esconderse para robar, sólo quedaba una, la cual ha resultado ser cierta: es usted detective privado.

Dealon contempló con admiración a la Joven.

—Oiga, es usted un hábil psicólogo —exclamó.

Julia sonreía.

—Tengo motivos para ello —contestó—. He obtenido recientemente el doctorado en Psicología, por la Universidad de Wisconsin. Es una ciencia que siempre me agradó; resulta fascinante por las posibilidades que ofrece y cuando acabé la Secundaria, decidí estudiar esa carrera.

—¿Con qué aplicaciones prácticas, por ejemplo?

—Bien, psicólogo de una gran empresa... o privado, para atender consultas individuales. También se pueden compaginar ambas cosas, ¿no cree?

—Cierto —admitió Dealon—. Pero, en mi caso, está parcialmente equivocada.

—Oh, ¿de veras?

—No soy detective privado, aunque haya realizado alguna investigación en ese sentido, sobre todo, la que me condujo a la detención de Bory Stuescher. El título profesional que poseo es el de abogado.

—Entonces, ¿he de pensar que estoy equivocada al tratar de contratar sus servicios?

—Usted dice que Kenner fue asesinado. Admitámoslo. ¿Por qué quiere que se demuestre de un modo público e irrefutable?

—Kenner no era un santo, pero ¿qué hombre no tiene sus flaquezas? Para mí, sin embargo, resultó ser uno de los hombres mejores del mundo. Costeó todos mis estudios. No tenía ninguna obligación y lo hizo, sólo porque en tiempos había estado casado con una hermana de mi madre, Apreciaba mucho a mi familia, ¿sabe? Tanto es así que, en el testamento, me dejó una manda de veinticinco mil dólares, de sus bienes privados. Estoy dispuesta a gastármelos todos, con tal de que se demuestre la culpabilidad del hombre que ordenó su asesinato.

—Ah, ha dicho usted... «ordenó su asesinato».

—Sí, exactamente es la frase que corresponde a tal situación. Harry Shadd pagó para que alguien asesinase a su socio Kenner.

—¿Tenía motivos ese Shadd para asesinar a Kenner?

—Dos: la empresa de la cual eran propietarios y que pasaría a manos del superviviente, si uno de los dos moría. Es un negocio muy próspero y en continuo ascenso financiero, y el propietario actual no tendrá que hacer sino pagar el importe de la otra mitad, tasada al precio de la fecha del fallecimiento del consocio muerto, en condiciones tales que no le representen cargas onerosas para él ni para la sociedad.

—Un trato muy ventajoso, evidentemente. ¿Cuál es el segundo motivo?

—Laura Shadd. Era uno de los «defectos» de Kenner. Claro, que, según mis informes, a la señora Shadd le gustaban, y le siguen gustando, todos los hombres que no sean su esposo. Si Harry Shadd fuese pobre, ya lo habría plantado. ¿Comprende?

—A la perfección —sonrió Dealon—. Pero con tantos datos como ha adquirido, me extraña que no se encargue usted misma de la investigación.

—No me gustaría que me relacionasen con ella, mientras sea posible. Además, estimo que un hombre puede realizar actos que le están vedados a una mujer. Por último, y según he leído en los diarios, atrapar a Stuescher no debió de resultar nada fácil: era un tipo muy escurridizo, al que nadie, hasta ahora, había conseguido echar el guante.

—Gracias por el elogio que ello significa, pero, que yo sepa, en Newmills hay agencias de investigación privada. ¿Por qué no ha recurrido a una de ellas?

—Le prefiero a usted. Sé que lo hará mejor y que acabará por conseguirlo.

Dealon hizo un gesto de escepticismo.

—Admiro la fe que ha puesto en mí, y trataré de corresponder, aunque no me atrevo a garantizar los resultados. Dígame, ¿cómo murió Kenner?

—Oficialmente, de un colapso cardíaco. Eso es falso; tenía el corazón en perfectas condiciones. Se sabe que llegó a su casa, era viudo, y pidió a su criado filipino un *whisky* y un habano, como tenía por costumbre cuando se retiraba a una hora normal. Se sentó en un butacón, con uno de los diarios de la tarde... y una hora más tarde, Egbert González, el criado, lo encontró muerto. La autopsia

no encontró el menor síntoma de envenenamiento, por lo que el dictamen de los forenses fue colapso cardíaco.

—Y usted no se conforma con ese dictamen.

—No —contestó Julia rotundamente.

—Es de suponer que Harry Shadd tendrá una coartada irrefutable.

—Así es. Aquella misma noche, asistió con su esposa a una cena, a la que también concurrían diversas personalidades de la vida social de Newmills, todas ellas de mucho relieve y, por tanto, ajenas a cualquier sospecha. Decretada su inocencia, ya que ni siquiera se le llegó a acusar de la muerte de su socio —apenas un interrogatorio policial de rutina—, entró en posesión de la sociedad, tras el oportuno convenio con los herederos.

—¿Con usted también?

—No; ya le he dicho que los veinticinco mil dólares que me dejó, son una manda segregada de sus bienes privados. Ese dinero no tiene que ver nada con el patrimonio financiero de la sociedad.

—Comprendo. Pero, señorita Cluter, antes de dar un solo paso para cumplir el encargo que usted me ha encomendado, creo necesario hacerle una advertencia. Dos, mejor dicho.

—Adelante —invitó ella de buen humor.

—Primero, voy a montar un bufete profesional. Newmills me gusta y he decidido quedarme a vivir aquí. Atenderé su caso, pero también otros legales que posibles clientes puedan encomendarme. En modo alguno aceptaré contratarme con usted en exclusiva.

—De acuerdo. ¿Cuál es la segunda advertencia?

—El tiempo. No soy un semidiós, no voy a entregarle mañana, en bandeja las pruebas de la culpabilidad de Shadd. En cierto modo, a usted le interesa que el crimen no quede impune, aunque se tarden meses en demostrarlo.

—También conforme —sonrió ella—. ¿Qué más? Dealon suspiró.

—Es demasiado tarde, de otro modo, la invitaría a cenar —dijo.

Una singular sonrisa apareció en los labios de Julia.

—Discutiremos ese punto más adelante —contestó.

Abrió su bolso y extrajo un cheque.

—Para los primeros gastos —indicó—. Ya le he dicho que la cifra máxima es de veinticinco mil dólares. De momento, con dos mil, tendrá suficiente. Cuando haya terminado, aceptaré sin

rechistar la minuta de sus honorarios.

—Así da gusto trabajar, señorita Cluter.

Ella se dirigió hacia la puerta con el paso largo y fácil que tanto agradaba a Dealon.

—Mi domicilio y teléfono figuran en la guía, por si necesita algo de mí —se despidió sobriamente.

Dealon se quedó pensativo unos momentos.

—Esbelta y ágil como una gacela, pero feroz y vengativa como una tigresa —murmuró, pensando en la hermosa mujer que acababa de salir de su casa.

CAPÍTULO III

«Infalible» escribió otra carta pocos días después.

El destinatario era un tal Cody Laxton, cuyas circunstancias eran semejantes a las de Harry Shadd, aunque no completamente parecidas. Laxton, hombre ya maduro, era viudo y había juzgado interesante no casarse de nuevo. Le agradaba mucho más una vida libre y sin dependencias de ninguna clase; y ello le permitía, por otra parte, ciertas aventuras amorosas, nunca con regularidad, siempre a sus conveniencias y jamás sin el inconveniente de tener que sujetarse a una mujer.

En resume Cody Laxton era un *bon vivant*, pero tenía un socio que le estorbaba, aunque no sabía cómo deshacerse de él. Había pensado infinidad de procedimientos, pero ninguno de ellos le parecía efectivo. Y no había ni qué pensar siquiera en un pleito, porque probablemente lo perdería y también una gran suma de dinero.

El socio se llamaba Norman Kirsoff y para Laxton empezaba ya a convertirse en algo tan molesto como un forúnculo purulento en la punta de la nariz.

La carta de «Infalible» vino a solucionar sus problemas. Cuando «Infalible» le hizo la llamada telefónica, Laxton dijo sí en el acto.

Dos días más tarde, Laxton recibió otra carta de análogas características a la primera. Decía:

«Tiene treinta días para reunir cien mil dólares en efectivo. Pasado ese plazo, recibirá nuevas instrucciones para la entrega del dinero».

Laxton era un sujeto muy astuto. Cuando transcurrieron los treinta días, recibió otra carta, en el que se le indicaba debía

depositar el dinero en determinado lugar. Laxton decidió no hacerlo y esperar a ver qué pasaba.

Veinticuatro horas más tarde, recibió una llamada telefónica.

—Soy «Infalible».

—Hola —dijo Laxton.

—No ha entregado el dinero.

—Ya lo sé.

—¿No se fía de mí?

—¿Le extrañaría recibir una respuesta negativa?

Sonó un «click». Laxton sonrió. A él le interesaba la muerte de su socio. A «Infalible» le interesaba el dinero. Pero no iba a pagar por anticipado. Si se trataba de una estafa, no le tomarían el pelo.

Dos días más tarde, recibió una tercera carta, que también se destruyó como las anteriores:

«Para que vea que puede confiar en mí, mataré a Norman Kirsoff. Espero que entregue el dinero en la forma ya convenida. Si no lo hace así, a las cuarenta y ocho horas de la muerte de Kirsoff, usted seguirá su misma suerte.

»Y, recuerde: mi seudónimo no ha sido elegido por presunción, sino porque está enteramente adecuado a mi personalidad.

»“Infalible”».

Con la sonrisa en los labios, Dealon se detuvo ante el anciano que caminaba apaciblemente por la acera.

—Buenos días, profesor —saludó.

—Hola, abogado —contestó Brawson—. Hace un tiempo estupendo, ¿eh?

—No podemos quejarnos. El invierno ha sido pésimo. La primavera se anuncia radiante.

—Ya tenía ganas. —El anciano suspiró—. Este reuma me va a llevar un día a la tumba, muchacho.

Dealon se echó a reír.

—Usted está fuerte como un roble, profesor —contestó—. Si se tiñese el pelo, parecería un muchacho.

—Yo no se lo aconsejaría: está así mucho más interesante —dijo

de pronto Julia Cluter.

Los dos hombres se volvieron. Julia había aparecido casi como por arte de magia. Ahora vestía un traje amarillo detonante, con bolso y botas altas a juego, como era normal casi invariable en ella.

—Vaya —dijo Brawson—, ¿quién es esta muchacha tan linda a la que le gustan mis canas?

—Julia Cluter —sonrió Dealon—. Una buena amiga mía y... Julia, te presento al profesor Brawson. Vive en la casa de al lado.

—Es mi suerte, muchacha —dijo el anciano—. El día en que Chipp vino para alquilar su casa, un coche estuvo a punto de atropellarme. No estaría vivo si no hubiera sido por él, se lo aseguro.

—El profesor exagera un poco, Julia. Siempre tiende a la exageración, incluso en su reuma —dijo Dealon riendo.

—No le haga usted caso, señorita. Chipp es un escéptico. Incluso no quiere creer que aquel conductor no era un tipo borracho o que no sabía manejar bien, sino que se trató de una tentativa de asesinato.

—Oh —exclamó ella—. ¿Es cierto, señor Dealon?

—Pregúnteselo al profesor, no a mí —contestó el interpelado—. Es la primera noticia que tengo sobre el particular.

—Me siento muy extrañada. ¿Por qué quisieron asesinarle, profesor?

Brawson se encogió de hombros.

—Ah, eso es lo que yo querría saber —respondió—. Me lo dijo el teniente Druro hace sólo unos días. No lo comprendo, jamás he tenido enemigos y ni siquiera me queda familia. Carezco de fortuna y vivo sólo de mi sueldo de retirado. Pero el teniente Druro insistió en ello y, ¿quién no cree a un competente policía?

—Sera cierto, en tal caso. ¿Puedo saber qué enseñaba usted en la Universidad, profesor? —preguntó Julia.

—Química, señorita. También estuve mucho tiempo de investigador en una importante compañía, pero la sociedad se disolvió y me quedé sin trabajo. Afortunadamente, tengo mi retiro y... Pero no quiero molestarles más; sospecho que están deseosos de quedarse solos.

—Nada de eso, profesor —dijo Dealon.

—Chipp, muchacho, aprovecha, la vida es corta —dijo Brawson

sentenciosamente. Miró a Julia de pies a cabeza y suspiró—: Me sobran cuarenta años. ¡Esa insolente juventud!

Julia, se echo a reír, mientras el anciano reanudaba su paseo. Dealon la contemplo igualmente unos instantes.

—Sí, esa agresiva insolencia de la juventud —dijo—. ¡Está usted estallante de belleza, señorita Cluter!

Ella se ruborizó ligeramente.

—No soy una vieja y debo aprovechar las ventajas que me concede la moda —contestó—. Pero no he venido a hablarle de mi buen tipo, sino de otra cosa más interesante, abogado... Oiga, ¿por qué le llama Chipp el profesor?

—Es el apodo que mis amigos me daban en la Universidad. El profesor y yo somos también buenos amigos y le dije que no me tratase con tantas ceremonias.

—Entiendo. Señor Dealon, ¿por qué no entramos en casa y charlamos con más tranquilidad? Debo decirle algo muy importante.

—Supongo que sí, que tiene algo importante que decirme. En cambio, a mí me pasa todo lo contrario. Hace varios meses que nos vimos por primera vez y, hasta ahora, no he adelantado un solo paso en mis investigaciones.

Entraron en casa.

—Vamos a la cocina, prepararé café —dijo Julia.

Dealon dejó su portafolios sobre un diván, junto al bolso de la joven. Encendió un cigarrillo y, reclinado en el frigorífico, contemplo a Julia ir y venir entre los cacharros de cocina.

—¿Y bien? —dijo al cabo de unos instantes de pausa.

—Tengo que darle dos noticias, ninguna de las cuales es buena —manifestó ella—. La primera se refiere a un tal Kirsoff Ha muerto tan misteriosamente como murió Kenner. También tenía un socio, quien, por pura lógica, se ha convertido en el único dueño de un próspero negocio.

—Oh, otro asesinato.

—Exacto. Otro asesinato.

—¿Cómo murió Kirsoff?

—Según ha declarado su viuda, cenaron juntos, como casi todas las noches. Después, Kirsoff tomó una copa de coñac y encendió un cigarro. A los pocos minutos, se quedó muerto en el sillón, a dos

pasos de su esposa.

—Otro ataque al corazón, ¿eh?

—Ése es el dictamen de su médico. Hubiera convenido una autopsia, pero la viuda, en uso de un derecho legal, se ha negado.

—Y el negocio quedará ahora exclusivamente en manos del socio superviviente.

—Así ocurrirá, señor Dealon.

El agua para el café hervía ya. Momentos después, Julia llenaba dos tazas.

—Antes dijo que tenía otra noticia que comunicarme —recordó Dealon de pronto.

—Es cierto, lo había olvidado. Bory Stuescher ha sido puesto en libertad, por falta de pruebas.

Dealon se acarició la mandíbula pensativamente.

—No dejaré que ese asesino se salga con la suya —masculló al cabo de unos instantes.

—¿Piensa ir a buscarle?

—Sí.

—Usted hizo un pacto conmigo...

—Todo se puede compaginar, señorita Cluter. Pero no hablemos ahora de Stuescher. Estábamos hablando de otra muerte misteriosa.

—Ciertamente. Yo me he formado una opinión sobre el particular, aunque no sé hasta qué punto puede resultar verídica.

—Bien, expóngala y la discutiremos.

—Veneno.

—No se encontró el menor rastro tóxico en las vísceras de Kenner.

—Hay venenos que no dejan huellas en el organismo humano después de la muerte, abogado.

—¿Sí? Cíteme uno, por favor —dijo Dealon sarcásticamente.

—No se burle de mí. Si no se sospecha que se trate de un asesinato, la autopsia será más bien rutinaria y los forenses no encontrarán el veneno en las vísceras. Pero tanto Kenner como Kirsoff habían pasado recientemente sendos chequeos médicos y los corazones de ambos funcionaban a la perfección.

Dealon no abandonaba su tono mordaz:

—Eso me recuerda el famoso dicho: «La operación fue un éxito, pero el paciente se murió» —dijo.

—Oh, qué escéptico es usted. El profesor Brawson ha sabido conocerle bien... ¡Señor Dealon! —chilló Julia de repente.

El abogado se sobresaltó.

—¿Qué sucede? —exclamó—. ¿Quién nos ataca?

—Déjese de bromas estúpidas —pidió ella de mal humor—. Brawson fue profesor de Química. ¿Por qué no le —interroga al respecto?

—Lo haré ahora mismo, y por teléfono —contestó Dealon, a la vez que abandonaba la cocina.

Julia le siguió. Mientras caminaban, dijo:

—Kenner y Kirsoff murieron de la misma forma: con una copa en la mano y un cigarro habano en la otra.

¿No encuentra que es demasiada coincidencia?

—Tal vez, ¿quién sabe?

Dealon llegó al teléfono y marcó un número. Hizo pregunta y, a los pocos instantes, recibió la respuesta.

—Profesor, por favor, repítaselo a esa insolente joven que está a mi lado y a la que usted ha conocido esta misma tarde —solicitó, entregando el teléfono Julia acto seguido.

Julia tomó el aparato y se lo llevó a la oreja. Oyó:

—Lo siento, señorita. No se ha descubierto todavía el tóxico que no pueda ser detectado en un organismo humano durante la autopsia.

Julia colgó lentamente el teléfono, tras musitar un «gracias» apenas audible. Luego, de repente golpe el suelo con el pie derecho:

—¡A pesar de todo, son asesinatos! —exclamó.

—Espero que tenga usted la misma razón que Galileo Galilei, señorita Cluter —dijo Dealon—. Sostenía la teoría de que la Tierra gira alrededor del Sol y no a la inversa, como creían antes. Le hicieron retractarse y después de que hubo firmado la retractación...

—Conozco la historia, no se moleste en contármela —dijo ella secamente, a la vez que, ya con el bolso en la mano, arrancaba hacia la puerta con su paso rápido y seguro.

—Hasta la vista, «Gacela» —la despidió Dealon con jovial acento.

CAPÍTULO IV

El hombre salió del ascensor y caminó con paso medido hacia la puerta de su departamento. Sacó la llave, que insertó en la cerradura, y la hizo girar.

En el mismo instante, se produjo un vivísimo chispazo. Softy Harmon lanzó un terrible alarido, mientras se contorsionaba epilépticamente. Su cuerpo sufrió varias sacudidas más y luego, con el rostro y las manos humeantes, se desplomó al suelo.

El forense policial dictaminó: «Muerte por electrocución». Un experto de la policía de Newmills desconectó la trampa eléctrica que había fulminado a Harmon. El teniente Druro empezó a investigar de inmediato.

La fama de Harmon no era buena precisamente. Druro sabía que era un matón a sueldo de un tal Martin Mildner, propietario de un lujoso local denominado The Golden Wheel (La Rueda de Oro).

El teniente Druro encaminó hacia allí sus investigaciones. Fue la misma noche en que Tom Dealon había decidido acudir a la sala de fiestas.

También el abogado había hecho investigaciones por su cuenta. The Golden Wheel era un local muy frecuentado por Bory Stuescher. Para Dealon, la cuenta que tenía pendiente con el pistolero, no se había saldado todavía.

Una hermosa mujer, muy rubia, atractivamente vestida con un traje negro de gran escote, acudió a recibirle apenas entró en la sala de fiestas.

—¿Mesa, señor?

Dealon miró a la mujer de pies a cabeza.

—Parece ser que aquí hay un *maître féminin* —observó.

—Así es, señor —confirmó ella, riendo suavemente—. Me llamo Nina Gray.

—Tom Dealon, aunque puede llamarme Chipp. Sí, quiero una

mesa, pero no solo. También deseo compañía.

—Hay muchas chicas hermosas...

—Veo mujeres, pero todas son unos adefesios. Sólo hay una belleza en el local y la tengo justamente frente a mí.

Nina le miró intensamente.

—Aceptaría con gusto la invitación, si no fuese por el trabajo —contestó.

—Después del trabajo —pidió él audazmente.

—Sígame, señor. Debe dejarme tiempo para pensar en su propuesta.

—Espero una reflexión que concluya en una afirmación, señora Gray.

—Soy soltera, señor Dealon.

—Mucho mejor todavía. Ah, y como usted no puede hacerme compañía, no me envíe a ninguna de esas chicas que pululan por ahí.

—Sí, señor.

Dealon tomó asiento en una de las mejores mesas del local. Un atildado camarero le sirvió una botella de champaña. En el escenario, un humorista decía sus chistes, con gran hilaridad de la concurrencia.

Los ojos de Dealon recorrieron atentamente todas las mesas. ¿Dónde se había metido aquel condenado asesino?, se preguntó.

Mientras, el teniente Druro hablaba con el dueño del local. Mildner juraba y perjuraba que no tenía la menor idea de quién había podido «cargarse» a su esbirro.

Druro le hizo unas cuantas acusaciones. Mildner juró y perjuró que era inocente por completo de cuánto, decía el oficial de policía. Druro anunció que se marchaba, pero sin creer una sola palabra de cuanto le había dicho el dueño del local.

De pronto, cuando había pasado ya más de una hora desde su llegada, Dealon vio por fin al hombre a quien buscaba.

Bory Stuescher llamó a la puerta del despacho privado de Mildner. Cuando éste le dio permiso, entró.

Mildner lanzó un respingo al ver a su visitante.

—¡Demonios, Bory! ¿Qué diablos haces aquí? —preguntó.

—Necesito dinero. Me largo de Newmills.

—Ah, estás sin blanca, ¿eh? Y has venido a mí para que yo te

proporcione unos cuantos miles de dólares.

—Así es, señor Mildner. Este condenado proceso me dejó la cuenta corriente a cero...

—Pero ¿es que crees que tus problemas me importan? Vamos, hombre, ¿de dónde te has sacado semejante estúpida idea?

—Oiga, una vez yo le hice un favor...

—Escucha, Bory, cuando encargo un trabajo y lo pago, no lo estimo como un favor. El que viene a mi local, toma una copa y la paga, no considera que yo le hago un favor. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

El rostro de Stuescher se puso rojo de rabia.

—Puedo hacerle mucho daño y usted lo sabe —dijo.

El índice de Mildner se apoyó de pronto sobre un timbre situado encima de mi mesa.

—¿Quieres marcharte por ti mismo o prefieres que echen a patadas? —preguntó heladamente.

—Si no le importa, señor Mildner, yo le quitaré de en medio a este impertinente —sonó de pronto la voz de Dealon.

Stuescher giró en redondo y lanzó un rugido de rabia.

—Usted —bramó.

—El mismo —sonrió Dealon.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Mildner.

—Tom Dealon, abogado. Con una cuenta por ajustar con este asesino.

Mildner se reclinó en su sillón y colocó las manos sobre el vientre.

—¡Adelante, abogado! —dijo.

El índice de Stuescher se tendió hacia Dealon.

—Esta vez no me pillaré por sorpresa —aseguró.

Dealon avanzó hacia el asesino. Stuescher lanzó un rugido de rabia y se arrojó sobre él.

Hubo un revoloteo de brazos y piernas. Luego, un corpulento individuo salió despedido con indescriptible violencia contra una de las paredes del despacho.

Se oyó un sordo ruido. Stuescher cayó al suelo y quedó allí, gimiendo sordamente, incapaz de moverse.

—Le molestaba ¿no es cierto? —preguntó Dealon de buen humor.

—Tuvimos unas cuantas palabras —contestó Mildner.

—Le libraré de un estorbo.

Dealon se acercó a una de las ventanas y la abrió. Se asomó y miró hacia abajo.

—No hay demasiada altura —dijo.

Agarró en brazos al sujeto, lo pasó a través del hueco y lo dejó caer hasta el suelo situado a unos cuatro o cinco metros de distancia. El ruido del porrazo llegó claramente a oído de Mildner.

—Oiga, es usted un tipo tremendamente robusto —dijo, con evidente admiración.

—Psé, tengo algo de músculos —contestó Dealon con fingida modestia.

—Para un hombre como usted, yo siempre tendría un buen empleo.

—Me lo pensaré. Adiós, señor Mildner, y perdone la interrupción.

—¿Perdonar? —El dueño del local se echó a reír—. Soy yo quien le agradece su inesperada visita, señor Dealon.

Dealon aguardó pacientemente hasta que la gente empezó a dar muestras de abandonar la sala de fiestas. Una vez, Nina se le acercó y le emplazó para treinta minutos más tarde, en la puerta de artistas.

El abogado fue puntual. Cuando Nina salía, un hombre se acercó a ella y la agarró por un brazo.

—Vamos, guapa —dijo el individuo.

—Suéltame, Rexis —exclamó ella—. Tú y yo no tenemos nada que ver...

Dealon se acercó a la pareja.

—Deje a la señora —ordenó.

El individuo le miró despreciativamente de pies a cabeza.

—Lárguese, pigmeo —contestó.

Sin perder la calma, Dealon se volvió hacia la mujer.

—¿Le estorba ese fulano, Nina? —consultó.

—Más que una col podrida en un pastel de cumpleaños —replicó ella, demostrando así que no tenía pelos en la lengua.

—Tú, maldita zorra... —dijo Rexis, lleno de furia.

Y alzó la mano para golpearla, pero unos dedos de hierro apresaron su muñeca.

—A las mujeres no se las pega; besarlas es mucho mejor —dijo Dealon a la vez que daba un violentísimo tirón a la muñeca que agarraba.

Rexis se tambaleó. Dealon le aplicó un par de llaves, de las que él conocía tan bien. Con la segunda le hizo volar por los aires a cuatro o cinco pasos de distancia.

El rufián quedó tendido de espaldas en el suelo, consciente, pero sin aliento e incapaz de reaccionar. Sonriendo, Dealon se volvió hacia Nina.

—Se acabaron las molestias, hermosa —dijo.

Ella aparecía como pasmada.

—Cielos, qué musculatura —dijo.

Casi con timidez, alargó la mano y tocó los bíceps de brazo derecho.

—De hierro —añadió.

—Soy un amante del deporte —contestó él.

—¿Te gusta alguno en particular?

—Uno, sobre todos los demás, pero éste no es el lugar adecuado para decirlo.

Los ojos de Nina despidieron un brillo singular.

—Tal vez en mi casa —sugirió.

—Es lo que yo estaba pensando contestó él desenvueltamente, a la vez que la agarraba por un brazo la llevaba hacia su coche, estacionado a poca distancia.

—Nina, ¿quién era ese tipo que quería llevarte consigo?

—Un antiguo pretendiente. —Ella suspiró—. No se puede sonreír dos veces seguidas a según qué clase de hombres. Enseguida piensan mal de una, ¿comprendes?

—Son gente de cerebro poco cultivado. Con mucha frecuencia, confunden la realidad con sus deseos.

Dealon dio media vuelta a la llave de contacto. El motor ronroneó satisfactoriamente.

—Guíame, ¿quieres, preciosa? —rogó.

Veinte minutos después, Dealon entraba en una casa elegantemente decorada. Nina le indicó una consola con servicio de licores.

—Me gusta puro y sin hielo —indicó, mientras seguía adelante.

—Tus gustos son los míos, nena —dijo él.

Nina salió minutos más tarde, ataviada con un largo peinador negro, de tejido muy transparente. Aceptó el vaso alto que le tendía su huésped y le miró por encima del borde.

—¿De qué vamos a hablar, Tom? —preguntó.

—En primer lugar, empieza por usar el apodo de Chipp; así me llama todo el mundo. Después, si te parece hablaremos de política internacional...

—Es un tema muy aburrido, ¿no te parece?

—Bueno, podemos discutir temas sociológicos o económicos...

—Tampoco me gustan, Chipp.

—En tal caso, hablemos de nosotros dos mismos, hermosa.

Dealon le quitó el vaso, que dejó a un lado. Luego rodeo con sus brazos el esbelto talle de la mujer.

—¿Así es cómo piensas iniciar la conversación? —preguntó Nina maliciosamente.

—Belleza, hay formas de conversar que excluyen por completo las palabras —respondió Dealon, a la vez que buscaba con no fingida avidez los rojos labios de su anfitriona.

CAPÍTULO V

Julia Cluter abrió la puerta de su despacho y se llevó una gran sorpresa al ver a un hombre instalado cómodamente tras la mesa de trabajo.

—Eh, ¿qué hace aquí? —preguntó.

Dealon sonreía.

—Pasaba por las inmediaciones y vi un rótulo que dice: J. CLUTER. CONSULTOR PSICÓLOGO. De modo que como necesito los servicios de J. Cluter, para unos *tests de reacción excluyendo los de Rorschach, por supuesto, que ya resultan anticuados, yo me dije...*

—Rorschach no es anticuado y, además, sus *tests se usan sobre todo en Psiquiatría. Los que yo elaboro se refieren principalmente a conducta sociológica personas que solicitan un empleo o sobre el comportamiento más adecuado de los miembros de una plantilla de trabajadores; Pero usted no ha venido a solicitarme un grupo de pruebas psicológicas, me imagino.*

—Efectivamente. No puedo olvidar que Soy su empleado y por eso he venido a verla. Con sinceridad, Julia, me he sentido escandalizado; son las once de la mañana, hora menos que adecuada para iniciar el trabajo.

—He tenido que salir, precisamente, por culpa de mi profesión. —Julia dejó a un lado el abrigo y su bolso—. Desaloje mi sillón, tipo fresco.

—*Jawohl, meine Fraülein* —contestó él, a la vez que se ponía en pie y juntaba los tacones con un gesto típicamente prusiano—. Tengo noticias para usted, ¿sabe?

—Esta última palabra sobra. Si lo supiera, significaría que me había dado la noticia.

—Tiene usted razón. Es una muletilla de la que resulta muy difícil desprenderse. ¿Un cigarrillo?

—Bueno —aceptó Julia con desgana.

Dealon se sentó en un ángulo de la mesa y le encendió el cigarrillo. Luego de la primera bocanada de humo, el visitante dijo:

—Creo que mis investigaciones no han dado resultado hasta ahora, porque he seguido una táctica equivocada. Cambié mi modo de actuar y, en un día, he conseguido más información que en seis meses.

—¿De veras? —La joven se sintió súbitamente interesada por aquellas palabras—. Hable, le escucho.

—En primer lugar, he de decirle algo muy notable. ¿Sabía usted que Shadd, Kenner, Laxton y Kirsoff, junto con otras dos personas, eran accionistas de una sociedad que se disolvió hace unos cuatro años?

—No, no tenía la menor idea. ¿Quién se lo ha dicho?

—Por favor, permítame que me reserve las fuentes información —contestó él—. Pero era una empresa del sector químico, bastante prometedora, por cierto, sin embargo, se disolvió a causa de ciertas rivalidades entre grupos de accionistas. Tenían un competente departamento de investigación y el profesor Brawson estaba al frente.

—Sí, es muy interesante. ¿Qué más?

—Hay otras cosas que no acabo de comprender bien, o quizá no encajan en los esquemas mentales que me he formado. Por ejemplo, la muerte de un tipo llamado Softy Harmon. Usted lo habrá leído, sin duda, en los periódicos.

—Es cierto. Se dice que se trata de un ajuste de cuentas.

—Tal vez sí... tal vez sea interés por cerrar una boca comprometedora.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver un hampón como Harmon con nuestro asunto?

—Es muy sencillo. Si Kenner y Kirsoff, como usted sospecha, murieron envenenados, Harmon pudo ser muy bien el que puso el veneno en el licor o en el tabaco.

—¡Eso es absurdo, Chipp! —saltó ella—. Harmon no tiene nada que ver con Shadd...

—Shadd posee una importante participación en un local llamado The Golden Wheel. Ese local pertenece un tal Martín Mildner. Y Harmon trabajaba para Mildner como matón, guardaespaldas o lo que usted guste.

Julia se quedó con la boca abierta.

—¿Sabe que es posible que tenga usted razón? —exclamó.

Dealon aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero.

—Ya tiene las noticias que he conseguido captar —dijo.

—Todavía no me ha dicho la forma en que...

—Permítame, pero un abogado, en ocasiones, debe recurrir al secreto profesional. Lo mismo que usted, ¿no?

—Está bien —se resignó ella—. ¿Cuál va a ser su siguiente paso?

—Tengo dos opciones, aunque mejor puedo decir que seguiré las dos rutas: hablar con Shadd y con el profesor Brawson.

—El profesor me pareció muy simpático. Me gustaría estar presente cuando hable con él —dijo Julia.

—No hay inconveniente.

—¿Cuándo hablará con Shadd?

—Tendré que buscar la ocasión propicia. Quizá lo mejor sea esperar a que vaya un día a The Golden Shadd.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Perdone —dijo la joven.

Abrió. Un mensajero le entregó un pequeño paquete, muy bien envuelto, del tamaño de una caja de cigarros habanos, aunque de doble grosor.

—Para el abogado Dealon —dijo.

Dealon firmó el recibo y entregó un dólar al recadero, luego cerró la puerta y miró fijamente a la muchacha.

—Esto no me gusta —dijo.

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—¿Quién tenía que saber que yo iba a estar aquí, junto con usted? —preguntó Dealon.

Julia se mordió los labios.

—Quizá, el remitente, especuló con la posibilidad de que yo le avisara a usted de que le guardaba este paquete —respondió—. Parecen cajas de cigarros, ¿no cree? La muchacha dio un par de pasos hacia él y alargó las manos, pero Dealon cortó su gesto con una voz imperativa:

—¡No! ¡No toque siquiera la caja!

Julia palideció.

—¡Chipp! ¿Qué hay ahí adentro? —exclamo.

—No lo sé, pero podemos averiguarlo muy fácilmente. Hace un

día estupendo. ¿Por qué no nos vamos a dar un paseíto por el campo?

La joven estudió unos instantes el rostro de Dealon y llegó a la conclusión de que debía seguir su consejo.

—Muy bien —respondió—. Estoy lista.

—Tengo mi coche abajo —indicó él.

La caja había sido entregada de un modo normal, así que no corrían peligro, mientras no la abriesen.

—Estoy convencido de que se trata de una bomba —dijo Dealon momentos más tarde, cuando ya rodaba por una de las principales arterias de Newmills, en busca de una salida al campo.

Tres cuartos de hora más tarde, Dealon paró su coche junto a la orilla de un camino secundario, parcialmente bordeado de árboles. Julia no podía evitar frecuentes miradas llenas de aprensión a la caja misteriosa.

—¿Cómo piensa hacer explotar la bomba? —preguntó.

—Tengo un revólver —contestó él—. La precisión es buena hasta los veinte o veinticinco metros, pero el alcance de los proyectiles, como puede comprender, es bastante mayor. Situados a unos cincuenta metros y bien parapetados, no corremos peligro alguno.

Salieron del camino. Había algunos prados, con cas de madera o de setos. La zona parecía desierta.

Al cabo de unos minutos, Dealon creyó haber encontrado el punto adecuado. Delante de él había un ribazo de metro y medio de altura, que daba comienzo a un ondulado prado de unos tres o cuatrocientos metros de extensión.

Abundaban asimismo los árboles de grueso tronco. Serían una buena protección para el estallido, pensó Dealon.

Dos hombres surgieron de pronto de unos árboles situados frente a ellos. Ambos empuñaban sendas pistolas.

—Será mejor que no intenten resistirse —dijo uno de ellos.

—Nos disgusta mucho contaminar la atmósfera con el humo de la pólvora —añadió el otro, evidentemente un humorista.

Julia apretó los labios. A Dealon, la aparición de los dos sujetos no le hizo la menor gracia.

—No les hemos visto venir —dijo.

Íbamos detrás de usted, hasta que les vimos detenerse y echar a

andar aquí —explicó el primero que había hablado—. Nos resultó fácil dar un rodeo para adelantarles. El terreno es ideal para correr sin ser visto.

—Un enigma que ha dejado ya de serlo. ¿Cuándo piensan apretar el gatillo para liquidarnos?

—Pero ¡mi querido abogado! —exclamó el humorista—. Si sólo deseamos que nos entregue usted la caja que tiene en las manos. Una vez lo haya hecho, nos iremos de aquí y les dejaremos solos, para que gocen de la idílica paz de los campos y de una atmósfera afortunadamente sin polución ni ruidos, las dos plagas modernas de la humanidad.

Dealon vaciló. ¿Debía decirles la verdad?

—¿Quién les dijo lo de la caja? —preguntó.

—Nuestro particular servicio de espionaje: es decir nosotros mismos.

—Oh, ya comprendo. Oiga, usted me parece conocido. Dealon se refería al humorista, quien, de repente, dejó de sonreír.

—No nos hemos visto antes de ahora —dijo el sujeto.

—En The Golden Wheel.

—Está equivocado, pero no insistiré sobre el asunto ¡Venga, deme la caja de una vez!

—Puesto que no hay otro remedio...

La caja cambió de manos. El humorista hizo un gesto a su acompañante.

—Vamos, tú.

Los dos sujetos echaron a correr, ahora directamente hacia el camino. Dealon y Julia se volvieron para verlos mientras escapaban.

—Debió haberles advertido que se trataba de un bomba —dijo ella.

—Es inútil, no me hubieran creído. Pensé hacerlo desde luego, pero sabía que no me hubieran hecho caso. Sólo querían la caja...

—¿Es cierto que ha visto a uno de ellos en esa sala de fiestas?

—Sí, y no precisamente como cliente —corroboró Dealon.

Los dos individuos llegaban en aquel momento al camino, situado a unos seiscientos o setecientos metros. Dealon los vio junto a su coche, haciendo algo que la distancia le impidió apreciar con detalle.

—Mucho tardan en marcharse —opinó.

—Quizá están examinando el interior del paquete. Dealon se volvió y miró sorprendido a la muchacha.

—Entonces... ¡no era una bomba! —exclamó.

—¿Quién le dijo a usted que debía ser una bomba a la fuerza?

—Julia, todo aquello me pareció tan sospechoso... —¡Mire, ya se marchan!

Los dos sujetos habían subido a su coche. El conductor maniobró para girar en redondo y luego lanzó el vehículo a toda velocidad.

—Allí va su «bomba» —suspiró Julia.

Dealon juntó las mandíbulas, a fin de callar la interjección que tenía en la punta de la lengua. De repente, el coche en que viajaban los asaltantes, empezó a dar bandazos a un lado y otro del camino.

Un segundo más tarde, se estrelló con tremenda violencia contra un árbol. Brilló una llamita en uno de sus costados y, apenas unos instantes después, se produjo la explosión del tanque de la gasolina.

CAPÍTULO VI

Los hombres de la Policía de Carreteras se movían en torno al vehículo incendiado. Un sargento se acercó a la pareja y les pidió datos del accidente.

—No nos dimos apenas cuenta de nada, hasta que oímos un estrépito distante —mintió Dealon—. La señorita y yo estábamos paseando. Hace un día estupendo y pensamos que era una tontería permanecer en una oficina, pudiendo disfrutar del aire y del sol. Después del ruido, vimos el fuego. Cuando acudimos, no se podía hacer ya nada por esos desdichados.

—¿Cree usted que el conductor iba a demasiada velocidad?

Dealon hizo un gesto ambiguo.

—La distancia era superior a los mil metros —contestó—. Eso altera siempre las perspectivas, pero raramente se incendia un coche si va a poca velocidad en el momento del choque.

El sargento asintió.

—Sí, es algo muy puesto en razón —convino—. Gracias por su colaboración, abogado. Señorita Cluter...

—Ha sido un placer, sargento —aseguró Dealon.

Volvieron a quedarse solos. Los hombres de la ambulancia trasteaban ya en el interior de aquel montón de hierros retorcidos y ennegrecidos.

—Chipp —dijo ella de pronto, en voz baja.

—¿Sí, Julia?

—Quizá tenga usted razón. La bomba pudo explotar más tarde...

—¿Y por qué no estalló cuando la llevábamos en el coche?

—Nosotros no tocamos el paquete para nada. Recuerdo que ellos se detuvieron un buen rato antes de subir a su automóvil. Debió de ser entonces cuando pusieron en marcha el mecanismo de la bomba.

—Ese argumento no es válido, Julia —contradijo él—. El

accidente se debió a otra causa. No escuchamos ninguna explosión; la del tanque de gasolina se produjo «después» de la colisión.

—Sí, pero, en tal caso, ¿qué originó el choque?

Dealon hizo un encogimiento de hombros.

—La policía emitirá un informe —contestó—. Se hará público y también conoceremos los nombres de las víctimas. Vámonos ya; aquí hemos perdido demasiado tiempo.

Subieron al coche. El sargento de la Policía de Carreteras no les puso ningún obstáculo para que pudieran volver a la ciudad. Una vez en Newmills, Dealon dejó a la muchacha en la puerta del edificio donde tenía su despacho.

—La llamaré apenas tenga noticias interesantes —prometió.

El profesor Brawson estaba en el jardín de su casa, charlando con un desconocido. Dealon se acercó a la pequeña valla que separaba ambas propiedades.

—¿Qué tal, profesor? —saludó—. ¿Estará muy ocupado a la noche?

—No, tengo todo el tiempo que quiera —rió Brawson bonachonamente—. ¿Le ocurre algo de particular, muchacho?

—Se lo diré más tarde. No quisiera molestarles ahora...

—No es molestia, Chipp. Ah, dispénsame, no les he presentado. Tom Dealon, alias Chipp, y Pete Gandly. Pete y yo trabajamos juntos hace años en la Hexa.

Dealon puso cara de extrañeza, mientras contestaba brevemente al saludo de Gandly. Brawson soltó una risita.

—Nosotros la llamábamos así. El nombre completo era Industries & Researchs Hexachimical. Pete era mi primer ayudante de laboratorio. Buenos tiempos, ¿eh, Pete?

—Sí, profesor —contestó Gandly con una desvaída sonrisa.

—Él y yo nos quedamos sin trabajo cuando se disolvió la Hexa. Claro que yo tenía mi retiro. A Pete la cosa le resultó más penosa, puesto que cuenta treinta años menos que yo.

—Ahora trabajo en una empresa de desinfectación por medios aéreos —manifestó Gandly—. Un simple trabajo de rutina: preparar las mezclas que los aviones esparcen en los campos para abonarlos y desparasitarlos.

—Entiendo. Bueno, profesor, dispénsame...

—Oh, no, no, muchacho —exclamó Brawson—. Pete se iba ya; pasaba por aquí y quiso hacer una visita a un antiguo compañero de trabajo. Dé la vuelta y entre por la puertecita delantera. O salte la valla, como más le acomode.

Gandly se marchó. Dealon entró en el jardín del profesor, quien, inmediatamente, le condujo a la casa.

—Te prepararé un trago —dijo Brawson—. Mientras tanto, puedes empezar a hablar. Ah, y perdona el tuteo, pero no puedo habituarme a tratar con ceremonia a la gente joven.

—Ése es su privilegio —contestó Dealon de buen humor—. Precisamente el tema de nuestra conversación va a ser la compañía en que usted y Gandly trabajaban.

—Ah, la Hexa. —El profesor entregó a su visitante un vaso alto—. Hubiera resultado una magnífica empresa, bien dirigida. Pero no podía ser.

—¿Por qué?

—Muchacho, ¿qué sucede en una casa dividida? Va a la ruina, ¿no?

—Sí, suele suceder.

—Lo mismo ocurrió con la Hexa. Imagínate una diligencia tirada por tres pares de caballos, pero de modo que cada pareja de cuadrúpedos marche, o quiera marchar en dirección distinta. Esa diligencia no llegaría nunca al final de su viaje, ¿verdad?

—Creo que le voy entendiendo, profesor.

—Te he puesto el símil de los caballos, aun a riesgo de insultar a tan nobles animales, porque los seis miembros que componían el consejo directivo de la Hexa eran unos cuadrúpedos. De otro modo, la Hexa, incluso sin necesidad de aumentar su potencial económico, hubiera sido una de las empresas del sector químico de mayor importancia. Y solvencia, por supuesto. Pero ¿qué pasó? Ganaban el dinero a montones; literalmente eran chorros de oro lo que entraban en las arcas de la empresa. Eso les cegó, muchacho.

—Y cada tiro de caballos quiso marchar en una dirección.

—Exacto. Shadd y Kenner, Laxton y Kirsoff y Wanda van Gorthman y su bello, distinguido, apuesto e inútil esposo.

—Oh, los Van Gorthman forman el tercer tiro de caballos.

—Así es, Chipp.

—Tres tiros de caballos... seis directivos... De ahí viene el

nombre de la Hexachimical. Hexa es el prefijo griego que significa seis.

—Justamente. Pero la cifra seis se quedó reducida a cero, cuando una cuadrilla de ineptos codiciosos acordó la disolución de la sociedad. Fue una especie de «a mí no me importa perder un ojo, con tal de que tú te quedes ciego», ¿comprendes?

Dealon sonrió.

—Se explica usted con maravillosa claridad, profesor —contestó.

—Muchacho, yo soy viejo, y poco puedo esperar de la vida, pero, a pesar de todo, hay cosas que a uno le saca de quicio cuando se pone a pensar en ellas. Debería de haber una ley que castigase tonterías semejantes, porque no sólo perjudicaron a los empleados, sino al país en general. En fin, lo que podamos comentar ya sobre el asunto no podrá resucitar de nuevo la Hexa —suspiró Brawson—. ¿Algo más, Chipp?

—Sí, una pregunta, profesor. ¿Qué me dice usted del tercer tiro de caballos? Me refiero a los Van Gorthman, por supuesto.

—Ah, ella es una mujer madura, aunque todavía de buen ver. Pero le pasa casi diez años a su esposo. El dinero es de Wanda, que era lo que buscaba Emil, su marido. Y ella quería un hombre joven y apuesto, y lo pagó y lo tuvo.

Dealon terminó el contenido del vaso.

—Unos informes muy interesantes, profesor —dijo, satisfecho.

Harry Shadd levantó las cejas y miró con impertinencia a su visitante.

—No acostumbro a recibir en mi domicilio particular, salvo a los amigos íntimos —declaró—. Sin embargo, en su caso, haré una excepción, abogado Dealon, aunque le ruego a breve. Mi esposa me aguarda para cenar.

—Seré breve, en efecto —convino el visitante—. El asunto que me ha traído hasta aquí es la muerte de su socio, Milton Kenner.

—Una cosa muy lamentable. Pero eso ocurrió hace ya varios meses.

—Lo sé. Se dijo que Kenner había fallecido de un ataque cardíaco.

—«Se dijo» es una expresión enteramente incorrecta. Fue el diagnóstico del forense, abogado.

—Dispénsame, no he sabido puntualizar. Pero usted resultó muy

beneficiado...

—Abogado —le interrumpió Shadd con voz chirriante—, no es usted el único que me dirige una observación tan insultante como impertinente. Kenner y yo habíamos establecido un pacto completamente legal. La empresa es ahora mía, cierto, pero estoy pagando el importe de la otra mitad a los herederos de mi amigo y consocio, tome buena nota de ello, abogado.

—No querría molestarle con observaciones que usted califica según su punto de vista. Pero hay quien sospecha que la muerte de Kenner no fue debida a causas naturales.

Shadd se echó a reír.

—Vamos, sólo faltaría ahora que se me acusara de asesinato —exclamó irónicamente.

—Por ahora, nadie ha mencionado nada semejante. Pero sí le diré que se conoce su participación en una sala de fiestas, cuyo dueño, a decir verdad, no goza de muy buena fama en los medios policiales.

El cuerpo de Shadd se puso súbitamente tenso.

—The Golden Wheel es un negocio como otro cualquiera —contestó—. Resulta productivo y me pareció conveniente invertir en él una determinada suma de dinero. No intervengo en su dirección, ni en su administración, ni siquiera influyo en su marcha financiera. También poseo cierto número de acciones de la General Motors. ¿Ha de deducirse de ello que la GM es una empresa dirigida por forajidos?

—Entonces, Mildner es un forajido —sonrió Dealon.

La mano de Shadd se tendió majestuosamente hacia la puerta.

—Tenga la bondad de salir de mi casa —dijo.

—Por supuesto —accedió el visitante—. Pero le diré una cosa...

—No le escucharé...

—¡Me escuchará, le guste o no! Existen vivas sospechas acerca de que la muerte de Kenner fue un asesinato y su actitud no es la más adecuada para disiparlas, señor Shadd. Si es inteligente, sabrá lo que trato de decirle. Eso es todo, buenas noches.

Shadd se quedó parado un instante, a causa de la enérgica actitud del abogado. Dealon abrió la puerta, pero, antes de salir, se volvió hacia el dueño de la casa.

—Sólo espero que sepa dirigir mejor su actual negocio, que la

Hexa, señor Shadd —se despidió.

La puerta se cerró. Mudo de rabia, Shadd crispó los puños.

—Maldito entrometido...

Aquella noche, se dijo, tendría que hablar con Mildner.

Mildner conocía a gente capaz de dar un disgusto al abogado.

—Primero, un aviso... y, si a pesar de todo, no hace menor caso, haré que lo quiten de en medio —masculló, mientras levantaba el teléfono para ponerse en contacto con el dueño oficial de The Golden Wheel.

CAPÍTULO VII

—Tengo noticias para usted —dijo Julia a la mañana siguiente.

—Espero que sean interesantes —contestó Dealon, por el mismo medio que ella empleaba para hablarle: el teléfono.

—Yo lo creo así. Ya han identificado a los dos sujetos que murieron abrasados en el coche.

—¡Qué casualidad! Yo también quería hablarle del mismo asunto.

—¿Es que ha averiguado algo, Chipp?

—Verá, tenemos la fortuna de que sigue haciendo un tiempo estupendo y me gustaría darme otro paseito por el mismo sitio de hace dos días.

—¿Qué es lo que pretende usted? —exclamó Julia, muy intrigada.

—No haga preguntas y arréglese. Dentro de quince minutos estaré con el coche en la puerta de su casa.

—Está bien, Chipp.

Ambos fueron puntuales. Apenas se sentó Julia al lado de Dealon, le preguntó por sus intenciones. Dealon contestó que no podía decirle nada, hasta que no estuvieran en el lugar del accidente ocurrido cuarenta y ocho horas antes.

—Muy bien, entonces yo le diré lo que he averiguado. Se llamaban Nick Hoos y Dave Canlon, y eran empleados de Mildner —manifestó Julia.

—Entonces, actuaron por orden de Mildner —dijo él, muy pensativo.

—Parece lógico, Chipp.

—Sí, ciertamente, pero de todo ello, yo he obtenido una deducción nada animadora. Vuélvase y mire a ver si nos sigue alguien.

Julia lanzó una breve exclamación de sorpresa. Luego giró en el

asiento y estudió los coches que iban tras ellos.

—No parece que venga nadie detrás de nosotros —dijo al cabo de unos momentos.

—Pero nos vigilan constantemente y eso es lo que me preocupa —declaró el abogado.

Julia se sintió también muy preocupada. Durante todo el tiempo, estuvo vuelta hacia atrás. Se sintió muy aliviada al ver que entraban en el camino secundario y que ningún coche iba tras ellos.

Cinco minutos más tarde, Dealon aplicó el freno y detuvo el automóvil. Saltó al suelo y trazó un ademán circular con la mano.

—Vea, Julia —dijo—, el accidente se produjo unos seiscientos metros de donde nos hallamos ahora. Nosotros estábamos allí, a una distancia análoga, ya dentro de los prados. Pero si pudimos ver con cierta claridad que se detenían y abrían el paquete, fue, precisamente, porque éste es un trozo donde faltan árboles.

—Sí, es cierto —convino ella—. ¿Adónde quiere ir usted a parar?

—Muy sencillo. Le seré franco, Julia. Cuando sospeché que el paquete podía ser una bomba, sólo me preocupé de evitarle movimientos bruscos que pudieran provocar la explosión. Por eso no me fijé bien en la envoltura.

—¿Y...?

—Ellos abrieron el paquete. Es muy posible que tirasen a un lado el papel de la envoltura. Yo diría, incluso, que se sintieron muy contentos al conocer su contenido. Pero esto es una mera suposición.

Julia lanzó una risita.

—A ver si le enviaban un obsequio y usted lo desperdició por aprensivo —exclamó jovialmente.

—No lo creo. Estoy seguro de que lo que contenía aquel paquete no era nada bueno, aunque Hoos y Canlon pudieran sentirse contentos al verlo.

—Sí, pero ¿qué había dentro del paquete?

—Busquemos el papel que lo envolvía. Es probable que hallemos el sello de la mensajería y que ahí nos digan quién lo entregó.

—Ah, ya comprendo.

El zumbido de un motor de aeroplano se dejó oír de pronto. Dealon y Julia levantaron la cabeza instintivamente.

—Ah, es un avión fumigador —exclamó Dealon a los pocos momentos.

El aparato, con su característica cabina casi piramidal, pasó en vuelo rasante por encima de ellos, a unos diez o doce metros de altura. Volaba a unos ciento cincuenta kilómetros a la hora y cruzó el camino en sentido perpendicular. Dealon y Julia, sin hacer más caso del aparato, iniciaron la búsqueda de lo que, según el abogado, podía constituir una buena pista.

Transcurrió un minuto. De pronto, volvieron a escuchar el ruido del motor del aeroplano.

Dealon volvió la cabeza y frunció el ceño. El avión fumigador venía hacia ellos, todavía más bajo que la vez anterior.

Un oscuro sentimiento de peligro invadió su mente. Estaban en un lugar completamente llano, sin la menor desigualdad que les permitiera un refugio en caso de ataque.

El avión se les arrojó encima atronando el espacio. De repente, una mano asomó por la cabina y lanzó un bulto oscuro.

El objeto, de forma ovoidal, cayó relativamente lejos, a unos veinticinco o treinta metros de distancia. Brilló un chispazo y se oyó una tremenda detonación, a la vez que se alzaba un cono invertido de tierra y humo.

—¡Demonios! —gritó Dealon—. ¡Nos bombardean!

Julia se quedó con la boca abierta, paralizada por el asombro. Dealon giró en redondo para ver al aparato, que ya evolucionaba ceñidamente, con objeto de lanzar un segundo ataque.

El piloto hizo virar el avión sobre un ala. Era una maniobra arriesgadísima, para un aparato que carecía de condiciones acrobáticas. Pero le salió bien y, picando con el gas a fondo se arrojó rugiendo hacia la pareja.

—¡Al suelo, Julia! —gritó Dealon.

Esta vez, el avión pasó solo a tres o cuatro metros de ellos. La bomba explotó fragorosamente a diez pasos de distancia. Dealon percibió claramente el siniestro chillido de la metralla.

—Julia, corramos hacia los árboles; allí estaremos más seguros —dijo, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Había árboles que medían quince metros. El piloto Tendría que volar más alto, para evitar la colisión, lo que dificultaría su puntería.

Por tercera vez, el aeroplano inició su ataque en vuelo rasante. En esta ocasión, su puntería resultó mejor, en cierto modo: la bomba explotó sobre el automóvil, que se incendió seguidamente.

Dealon y Julia, asidos de la mano, corrían desesperadamente en busca del refugio de los árboles. De pronto, vieron que el avión se situaba en una trayectoria paralela a la carretera, a la vez que perdía simultáneamente altura y velocidad.

—¡Al suelo otra vez, Julia! —gritó él.

Dealon se situó entre el aparato y Julia. Casi en el acto, oyeron el repiqueteo de una ametralladora que disparaba en sentido perpendicular al avión.

Las balas chasquearon en el suelo. Se oyó un rugido cuando el piloto aceleró al fin de ganar altura e iniciar un nuevo viraje.

Todavía tendidos en el suelo, Dealon se volvió y miró a la muchacha.

—Esto parece una película de guerra, ¿eh? —comentó, de buen humor, para animarla.

—Me siento como un soldado en primera línea de fuego —contestó Julia.

Dealon buscó al aeroplano con la vista. Estaba virando a unos mil metros de distancia.

—Julia, a los árboles —dijo.

Corrieron de nuevo. Llegaban al primer árbol, cuando vieron al aparato que se abalanzaba una vez más hacia ellos.

El grueso tronco del árbol absorbió algunos impacto; de bala. Después del ametrallamiento, el aparato se elevó en línea recta.

—Parece que se aleja... No, ya vuelve —exclamó Dealon.

Se giró hacia la muchacha.

—Vamos a engañarlo —dijo.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Minutos más tarde, el aeroplano inició una nueva pasada. Dos cuerpos se derrumbaron por el suelo y quedaron tendidos en posturas retorcidas.

El piloto hizo su última evolución. Ladeó el aparato y vio a la pareja, tumbados e inmóviles. Dealon estaba con los brazos en cruz. Julia yacía boca abajo, con una pierna casi escondida por el cuerpo.

El ruido del motor se alejó definitivamente. Al cabo de un buen rato, Dealon se sentó en el suelo.

—¡Uf! Creo que los hemos engañado —dijo, sonriendo.

Julia se incorporó en parte.

—He pasado miedo, Chipp —confesó.

—A quién se lo dice —respondió él, con amargo humorismo—. Pero esto ha servido para comprobar mis sospechas: nos vigilan constantemente.

Se puso en pie y empezó a sacudirse el polvo de la ropa. Con gesto melancólico, contempló la espesa humareda que se desprendía de su automóvil.

—Julia, el piloto de ese aparato debe de quererla a usted muchísimo —dijo.

—¿Se burla de mí? —exclamó ella, amoscada.

—Oh, no, todo lo contrario. Lo digo porque tendremos que regresar a pie y ya es sabido que no hay nada mejor que un buen paseo a diario para conservar la esbeltez de la figura.

Ella sonrió.

—En medio de todo, no pierde usted el humor, y eso es bueno —dijo.

—Sí, muy bueno —convino él.

—Una cosa es segura, Julia, además de que somos vigilados incesantemente hay alguien a quien no le interesan nuestras investigaciones.

Dealon hablaba mientras caminaban. Ella volvió ligeramente la cabeza.

—¿Puede usted darme un nombre? —preguntó.

—Shadd, por ejemplo. El mismo Mildner... pero de lo que ya no me cabe la menor duda es de que Kenner murió asesinado.

—Y hay alguien que no quiere que se descubra la verdad.

—Resulta obvio, Julia. Salvo los casos de arrepentimiento espontáneo, en que el homicida siente que necesita el castigo, los demás no quieren que se les descubra; y esto es lógico, puesto que si cometen un crimen, que ellos estiman es perfecto, cuando notan un fallo que puede conducir al descubrimiento de la verdad, se apresuran a poner todos los remedios necesarios para seguir ocultos en un cómodo anonimato.

—En tal caso, tendremos que proseguir nuestras pesquisas sobre esos dos sospechosos.

—Olvida usted la tercera pareja del tiro de la diligencia, Julia.

Dealon había relatado a la muchacha su conversación con el profesor Brawson y ella conocía la metáfora.

—Es cierto —dijo—. ¿Piensa ir a visitar a los Van Gorthman?

—Sí, pero lo haré a mi modo —contestó él enigmáticamente.

CAPÍTULO VIII

La mujer era alta, de formas opulentas y pelo evidentemente teñido. Para Dealon no había ninguna duda de que ella luchaba esforzadamente contra su tendencia a aumentar de peso y lo hacía, no sólo con una dieta apropiada, sino también mediante remedios ortopédicos.

«Va embutida en su faja como la carne picada una salchicha dentro de su piel», pensó al ver a Wanda van Gorthman.

A pesar de todo y aun contando que ya no cumpliría los cuarenta años, resultaba una mujer vistosa. Wanda sabía utilizar bien la ropa y lo hacía con elegancia y cierta discreción. Cuando fue a encender un cigarrillo, Dealon le ofreció su mechero.

—Gracias —dijo Wanda con voz bien modulada.

—Encender un cigarrillo a una mujer hermosa es siempre un placer —contestó, sonriendo, el abogado.

Ella le dirigió una mirada escrutadora. Ambos estaban junto a la barra de un elegante local de Newmills, al que Wanda solía acudir con cierta frecuencia. Dealon lo había averiguado después de varios días de pacientes pesquisas.

—No quisiera pecar de indiscreta, pero usted parece forastero —dijo Wanda.

—En cierto modo, señora, aunque ya llevo varios meses residiendo en Newmills. Soy abogado y me llamo Tom Dealon.

Ella hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Wanda van Gorthman —se presentó.

—He oído su nombre, señora. En las crónicas de sociedad, por supuesto.

—Ciertos periodistas son demasiado gentiles conmigo. No soy muy aficionada a figurar demasiado.

—¿Por qué no? Una mujer como usted necesita brillar, y no debe de costarte mucho. Tiene luz propia para lucir, sin necesidad

de halagos o elogios de periodistas.

Wanda rió argentinamente.

—Es usted muy elocuente, señor Dealon, pero le diré una cosa —respondió.

—Confidencial, es de suponer.

—Sí. Tengo esposo.

—Lamentable, señora.

—¿De veras lo estima así?

—Señora Van Gorthman, tendrá que dispensarme la audacia. Es usted de la clase de mujeres por la cual un hombre cometería un crimen.

Ella volvió a reír.

—Quiero mucho a mi esposo —aseguró. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se apeó del taburete en el cual estaba sentada —. He tenido un vivo placer en conocerle, señor Dealon.

—En cambio, yo he sufrido un verdadero disgusto al saber que usted tiene dueño legal.

Wanda le dirigió una extraña mirada y se alejó. Dealon se dijo que el inicio de sus relaciones con aquella mujer no podía haber sido más prometedor.

Insistiría en otra ocasión. Tenía ciertas ventajas. A Wanda le gustaban los hombres jóvenes.

—Quiero hablarte, Chipp —manifestó Nina Gray por teléfono.

—Bien, te escucho —contestó él.

—No, ha de ser personalmente. Ven a mi casa.

—¿Ahora?

—Sí, Chipp.

Dealon contestó afirmativamente. Media hora más tarde, tomaba con las suyas las manos de Nina.

—Será muy importante lo que tienes que decirme —exclamó.

—Lo es. Mildner está furiosísimo.

—Seguramente, por la muerte de dos de sus esbirros.

—Con Hoos y Canlon han sido ya tres los que han causado baja en su nómina. Mildner teme ser asesinado cualquier día.

—¿Te ha dicho algo?

—Directamente no, pero se lo noto. Le conozco bastante bien. La muerte de Harmon le impresionó muchísimo.

—Me lo imagino. ¿Qué más, Nina?

—Shadd ha estado hablando con él en un par de ocasiones. Esto no es muy corriente; apenas si se veían una vez al mes. Ahora se han entrevistado dos días seguidos y en ambas ocasiones han estado más de una hora encerrados en el despacho.

—Temen algo, no cabe la menor duda. ¿Has podido recoger más información? —preguntó el abogado.

—Escuché un nombre. *Hack Rustler*, No sé quién es, nunca lo he oído mencionar.

Dealon repitió el nombre a fin de grabarlo bien en su memoria.

—Trataré de averiguar quién es —dijo—. ¿Sólo mencionaron el nombre?

—Sé que dijeron que vendría pronto de Nueva York, eso es todo, Chipp.

—Tengo un par de buenos amigos en la policía de Nueva York. Quizá alguno conozca a Rustler. Gracias por todo, Nina.

Ella le puso las manos sobre los hombros.

—Ven alguna noche después de mi trabajo —rogó insinuantemente.

Dealon la besó en una mejilla.

—Vendré —prometió.

Con ojos fascinados, Wanda van Gorthman contemple la carta que se convertía en humo, después de que el mensaje escrito en el papel se hubiese borrado por sí solo. Todo su cuerpo era un puro escalofrío.

¡Asesinar a su esposo!, pensó.

¿Valía la pena gastar cien mil dólares para librarse de un hombre que sólo se había casado con ella por el dinero y que ahora se dedicaba, con desenfado de sátiro a la caza de jovencitas?

Había una manera muy legal de librarse de Emil, pero él no accedería nunca al divorcio. Wanda, ella lo sabía muy bien, era una sustanciosa fuente de ingresos para un hombre que sólo contaba con su físico. Emil no accedería jamás a la separación legal. Sería tanto como optar a su propia pobreza.

Pero si muriese...

De momento, se dijo, no costaba nada contestar afirmativamente a la carta de «Infalible». Por tanto, cuando el enigmático sujeto le hizo la llamada telefónica, ella respondió con un lacónico «sí» y quedó en espera de nuevas instrucciones.

Aquella tarde, Wanda se encontró por segunda vez con el abogado.

Ella tomaba un martini cuando Dealon llegó y pidió una taza de té a su lado.

—Le veo muy morigerado, señor Dealon —dijo Wanda, ligeramente irónica.

—No suelo abusar del alcohol. No es bueno y menos para quien, como yo, practica deporte casi a diario, señora Van Gorthman —contestó Dealon.

—Oh, es deportista además de abogado.

—Sí, pero todo con moderación, salvo, tal vez, una cosa.

—¿Puedo saber qué es? ¿O se trata de un secreto... profesional?

—Nada de eso, señora, Yo me refería a mi afición a las mujeres hermosas.

Ella entornó los ojos.

—En tal caso, yo no cuento —dijo.

—¿Por qué? No iría a simular modestia, diciéndome que no es bella. Eso es algo que salta a la vista, señora Gorthman. Con permiso de su marido, naturalmente.

—Mi marido... Bueno, mejor será que no hablemos de ese tema. A veces parece como si yo no existiera para él.

—Hombre estúpido, y perdone la franqueza, señora. Si yo fuese su marido, no la dejaría ni a sol ni a sombra. Y en las raras ocasiones en que me viese obligado a abandonarla, haría que usted llevase un saco de la cabeza a los pies. Nadie sino yo podría admirar su espléndida belleza, se lo aseguro.

Wanda rió suavemente.

—Sospecho que es usted muy peligroso, abogado. Por favor, dejemos la conversación —solicitó con blando acento.

—Para reanudarla... ¿dónde y cuándo y con menos rente a nuestro alrededor?

Wanda se apeó de su taburete y le tendió una mano enguantada en fina piel de Suecia.

—¿Qué pasaría si le dijese que tengo necesidad de tus servicios como consejero legal? —preguntó.

—Por el placer de una mirada suya, estaría dispuesto a acudir a su lado a cualquier hora del día o de la noche —respondió Dealon.

—Le llamaré quizá, más pronto de lo que usted cree —se

despidió Wanda.

Dealon quedó solo en la barra. No fue por mucho tiempo.

Casi enseguida, oyó la sarcástica voz de Julia:

—¿Ésa es la forma en que piensa entrar en contacto con los Van Gorthman?

—No pretenderá que actúe como un toro furioso o como un detective de película, acorralándola a preguntas, incluso abofeteándola si se muestra renuente a contestarme —dijo.

—Oh, supongo que tiene usted una táctica particular para cada caso. Pero la señora Van Gorthman se lo comía a usted con los ojos.

—Se nota que es usted doctora en Psicología, Julia. De todas formas, no hay nada en nuestro pacto que me obligue a seguir un rumbo determinado para alcanzar el objetivo. Estimo que tengo plena libertad de acción y así actuaré o me desentenderé de ello.

—Siento haberle molestado, Chipp —dijo Julia—. A veces soy un poco impulsiva.

—Lo cual puede resultar agradable en ocasiones, pero hay otras en que resulta conveniente moderarse —sonrió él—. De momento, le diré una cosa: Wanda quizá me llame para asesorarla en algún asunto legal.

—¿Y después?

—Depende de las circunstancias —respondió ambiguamente.

—Es una lástima —dijo Mildner.

—¿Por qué? Ese tipo resulta peligroso para mí —alegó Shadd.

—Me hubiera gustado contratarlo. No sólo es abogado, bastante listo a mi entender, sino que posee una fuerza hercúlea...

—Martín, tres de tus hombres han muerto ya. ¿No te dice eso nada?

Mildner suspiró.

—Está bien, vete tranquilo —dijo.

Shadd se dirigió hacia la puerta del despacho. Al abrir, le pareció que otra se cerraba en el pasillo, pero no hubiera podido asegurarlo.

Nina Gray abrió su despachito a los pocos momentos. Lenta y sigilosamente, se acercó a la puerta por la que Shadd había salido minutos antes.

En aquel momento, Mildner estaba hablando por teléfono:

—¿Bory? ¿Eres tú? Tengo algo interesante para ti.

—Te costará caro...

—No fanfarronees, Bory —le interrumpió Mildner despectivamente—. Estoy seguro de que, incluso, me lo harías gratis. ¿O ya no te acuerdas de la noche en que el abogado te dio el gran vapuleo y acabó tirándote por la ventana?

Stuescher emitió un gruñido, que, naturalmente, no pudo escuchar Nina.

—De modo que se trata de Dealon —dijo.

—Justamente. Anda, ven pronto; quiero que lo hagas rápida y limpiamente —manifestó Mildner.

—Siempre soy rápido y limpio —contestó el asesino profesional, orgullosamente.

Nina ya no quiso seguir escuchando más. Dealon tenía que enterarse de lo que se tramaba contra él.

Pero no podía telefonar desde el local y hubo de esperar a llegar a su departamento. Esperaba que Dealon no se molestase demasiado por la llamada hecha a las tantas de la madrugada.

—De modo que Mildner ha llamado a Stuescher —dijo él, después de recibir la noticia.

—Así es, Chipp. Ten cuidado, esos tipos quieren asesinarte.

—Es curioso —musitó él—. Yo creí que iba a ser un tal Rustler el que se encargase del asunto.

—No conozco a Rustler, pero sí he oído bien claro el nombre de Stuescher. Y fue Shadd el que se lo pidió. Chipp.

—No me extraña en absoluto —sonrió Dealon—. Está bien, preciosa; gracias por el aviso.

—Me siento preocupada, Chipp —dijo Nina con acento afligido.

—Preocúpate, en todo caso, de Stuescher. Y de los otros dos también —se despidió Dealon.

CAPÍTULO IX

Terminó el trabajo en su oficina, que se había prolongado bastante más de lo que creía, y salió de regreso a su casa. Dealon ansiaba concluir cuanto antes el caso que le había encomendado Julia, para abandonar las investigaciones y dedicarse plenamente a la abogacía. En Newmills había bastante porvenir para un abogado medianamente listo y emprendedor, él creía reunir ambas condiciones.

En aquel momento, un hombre llamaba a la puerta de la casa. Stuescher miró a través de los visillos y pudo ver a un mandadero de una agencia de repartos, con un paquete en las manos.

El individuo no era peligroso, decidió Stuescher. Abrió con la sonrisa en los labios.

—Usted dirá...

—Este paquete es para el señor Dealon —dijo el mandadero.

—Yo soy Dealon —mintió Stuescher con todo descaro.

Firmó el recibo y entregó un dólar al portador del paquete, que pasó inmediatamente a sus manos. Volvió adentro y rasgó sin más dilación el papel de la envoltura.

—¡Caramba, qué buenos amigos tiene Dealon! —exclamó, al ver las dos cajas de cigarros habanos que eran el contenido del paquete.

Destapó una de ellas. Eran habanos de primera calidad.

Tomó uno, lo olió con aire de entendido y luego mordió la punta. Acto seguido, sacó un fósforo y lo encendió, aspirando el humo complacidamente.

—Me lo voy a fumar a su salud —dijo, en el momento en que se oía el ruido de una llave en la cerradura.

Veloz como el rayo, Stuescher sacó un revólver de cañón corto, provisto de silenciador. Al entrar en la casa, Dealon se encontró frente al arma que le apuntaba al pecho.

Stuescher sonreír satisfecho.

—Le he cazado, leguleyo —dijo.

—Soy un hombre de mala suerte —contestó Dealon con voz neutra—. Pero yo creía que usted ejecutaba sus asesinatos con un poco más de precaución.

—La prisa, en ocasiones, aconseja descuidar ligeramente las precauciones. Pero ya lo he planeado todo adecuadamente y nadie me relacionará con su muerte.

—¿De veras? ¿Cómo piensa matarme?

Stuescher se llevó el habano a la boca e inhaló una larga bocanada de humo. Luego, con sonrisa satisfecha, dijo:

—Tiene usted muy buenos amigos, abogado. Le han enviado dos cajas de cigarros y yo me he permitido encender uno. Lástima que haya de dejar todos los demás; si me llevase las dos cajas, la policía sospecharía luego algo extraño.

—¿Y no cree que sospecharán también al encontrarme muerto?

—¿Se puede sospechar de un suicida? —Stuescher hablaba ahora, sujetando el habano con los dientes—. Simplemente, le pegaré un tiro en la sien. El silenciador evitará el ruido, naturalmente. Luego lo quitaré y pondré el revólver en su mano. Perfecto, ¿no?

—Depende de los puntos de vista. Yo diría que es un plan imbécil. Pero, claro está, no tengo una pistola en la mano.

—No, no la tiene. Y ahora mismo...

Bruscamente, el cigarro se soltó de unos dientes sin fuerza. Los ojos de Stuescher giraron vertiginosamente en sus órbitas.

Un extraño ronquido brotó de sus labios. Las piernas se le doblaron y rodó por tierra. Agitó un poco las piernas, pero enseguida se quedó quieto.

Dealon estaba atónito. Tras unos segundos de indecisión, se precipitó sobre el caído. Un gesto maquinal le hizo recoger el cigarro todavía humeante, a fin de evitar que quemase la alfombra. Luego puso una mano en el pecho de Stuescher.

El corazón del asesino latía aún, si bien con pulsaciones cada vez más lentas y espaciadas. Al cabo de un segundo, Dealon dejó de sentir los latidos.

—¿Qué diablos le habrá pasado al tipo éste? —preguntó.

Sacó un pañuelo, recogió el revólver con todo cuidado y lo volvió a la funda sobaquera de su ya difunto dueño. De pronto, vio

algo que le hizo estremecerse.

Era la envoltura de papel. Resultaba absolutamente idéntica a otra que ya había tenido en las manos días atrás.

Se acercó al cigarro y lo olisqueó varias veces, sin poder percibir ningún olor extraño. Una viva sospecha se infiltró de pronto en su mente.

Vaciló unos momentos. Si llamaba a la policía, podían hacerle preguntas nada cómodas. Stuescher, aparentemente, había muerto de un colapso cardíaco. ¿Por qué no simular que el colapso se había producido en otra parte?

El jardín estaba cerca. Había matas tras las cuales podía esconderse un hombre. Allí encontraría más tarde a Stuescher... o haría que otros lo encontrasen. Dentro de casa, podía comprometerle, no gravemente, aunque si de un modo perturbador para sus planes.

En cuanto a los cigarros...

—Que me ahorquen si pienso fumarme uno solo de ellos —murmuró.

Sospechaba que todos estaban envenenados. El asesino no quería correr riesgos. Cualquier habano que se eligiese, contenía la muerte en sus perfumadas hojas.

De pronto, sonó el teléfono.

Dealon se sobresaltó en el primer instante. Luego rehaciéndose, agarró el aparato.

—Diga...

—Hola, abogado —sonó una voz dulce y acariciadora—. ¿No me conoce?

—Yo diría que se trata de la hermosa y fiel señora Van Gorthman —sonrió Dealon.

—Usted me concede virtudes que yo no poseo —rió ella—. ¿Por qué no viene a verme mañana por la tarde? Me gustaría hablar con usted.

—¿Sobre temas legales?

—Empezaremos por temas legales. Después... bien, conversación puede tomar otros derroteros.

—Iré, señora Van Gorthman.

—A las cinco tendré el té preparado. Ya sé que no le gusta el alcohol.

—A veces, una copa resulta estimulante, sobre todo, si se toma en grata compañía.

Wanda rió argentinamente al despedirse. Dealon sonreía.

Pero le parecía macabro conversar de aquel modo con un cadáver a sus pies. Mentalmente, envió un mensaje de gratitud a Nina por el aviso de la víspera.

De pronto, se le ocurrió una idea.

Sonrió complacido. Sí, sería una especie de devolución de la pelota. Y poniendo nerviosos a Mildner y a Shadd, podía conseguir mucho.

Martín Mildner abrió la portezuela de su coche, una vez cerrado ya el local, y entonces se dio cuenta de que había un individuo en el asiento contiguo al del conductor.

—Eh, ¿qué diablos hace usted aquí? —exclamó malhumoradamente.

De pronto, reconoció al sujeto. Era Stuescher y parecía profundamente dormido.

—Bory, maldita sea, ¿así es como quieres ganarte los mil dólares que me has costado?

Stuescher no contestó. De pésimo humor, Mildner estiró el brazo derecho y abrió la otra portezuela.

—Vamos, lárgate —increpó al cadáver.

Stuescher, lógicamente, no dijo nada. Se inclinó poco a poco y acabó por caer fuera del vehículo, quedándose inmóvil en el suelo.

Mildner pegó un respingo. Una sonora maldición se escapó de sus labios.

Luego, reaccionando, saltó del coche y corrió hacia el caído. Se arrodilló a su lado y lo sacudió con fuerza.

—Vamos, despierta, maldito borracho...

De pronto, una de las manos rozó la mejilla de Stuescher. Inmediatamente, Mildner pegó un salto que le llevó a dos pasos del cadáver.

Empezó a sudar. La frialdad de la cara de Stuescher indicaba sobradamente su estado actual.

—Ha muerto, ha muerto... —repitió, como un obseso.

Miró a derecha e izquierda. La explanada donde estacionaban los coches se hallaba absolutamente desierta. Él era el último en abandonar el local.

Tras unos segundos de indecisión, volvió al coche. Dio el contacto y arrancó como si le persiguiesen los demonios.

Quizá sólo le perseguía un demonio: aquel que reía estridentemente en un lugar que él no podía ver, pero cuyas carcajadas de burla llegaron claramente a sus tímpanos.

Wanda en persona abrió la puerta. Una prometedora sonrisa apareció en sus labios al reconocer a su visitante.

—Es usted puntual, abogado —dijo.

—Jamás dejo que pase un minuto de la hora, cuando tengo una cita con una mujer hermosa —contestó Dealon.

—Usted siempre tan halagador. —Wanda suspiró profundamente—. Pero, de todas formas, a una siempre le gusta oír elogios, aunque mentalmente sepa reconocer la amarga realidad.

—¿Qué realidad, señora?

—Los años. No perdonan, abogado.

—Vamos, vamos, señora Van Gorthman, no tire piedras a su propio tejado. Es usted muy joven todavía y gracias a que está casada, porque de lo contrario, los pretendientes revolotearían en torno a su casa como bandadas de moscas.

—Me va a convencer —dijo ella—. Pero no discutamos más de este tema, por el momento, claro. ¿Tomamos una copa?

—Estoy a su disposición, señora.

—Llámeme Wanda, Tom —solicitó ella.

La casa era lujosa. Wanda era muy rica y le gustaba demostrarlo. Cuando tuvo las bebidas listas, entregó a Dealon una copa.

—Siéntese aquí, a mi lado —dijo, señalando un sitio en el diván.

Dealon obedeció y quedó vuelto hacia ella. Wanda se había ataviado muy especialmente para la ocasión: decenas de metros de tejido transparente, de color azul oscuro, que contrastaban con la morbidez de los desnudos brazos.

—Tengo un problema, Tom —dijo ella, después de los primeros sorbos.

—¿Legal?

—Por el momento, podríamos calificarlo de sentimental. Quizá tenga luego derivaciones hacia lo legal.

—Se trata de su esposo.

—Sí, Tom —corroboró ella.

—¿Divorcio?

Wanda denegó con la cabeza.

—No. Asesinato —contestó.

Dealon procuró mantenerse impassible.

—¿Piensa matarlo? —preguntó.

—Me han propuesto que lo asesine. Si pago cien mil dólares, me convertiré en viuda.

—¿Quién es el autor de la propuesta?

—Un tipo que se autodenomina «Infalible». No sé más, Tom.

—Deme más detalles, Wanda, por favor.

Ella señaló una carta que estaba sobre la mesita próxima al diván.

—Es la segunda que recibo —dijo—. Todavía no la he abierto.

—¿Por qué?

—En la primera, me proponían el asesinato de mi esposo, mediante el pago de cien mil dólares. Si yo aceptaba, debía contestar sí, simplemente. Luego recibiría nuevas instrucciones para reunir el dinero y entregarlo en el punto que «Infalible» me señalara.

—Esas instrucciones, supongo, están en la carta que usted no ha abierto todavía.

—Exactamente.

—Bien, pero ¿por qué no la ha abierto? ¿Qué se lo impide, Wanda?

—Me gustaría que lo hiciese usted en mi lugar. Le considero ya mi consejero legal y deseo me asesore en este caso. Puede tratarse de un chantaje... sugerido o dirigido por mi propio esposo. No quiero caer en una trampa.

—¿Por qué iba a hacer su esposo una cosa así?

—Le seré franca, brutalmente franca, Tom. Tengo treinta y nueve años. Emil, mi marido, cuenta doce menos que yo. Dentro de diez años, yo tendré cuarenta y nueve años y él treinta y siete. Es un hombre muy apuesto y, lo admito sinceramente, me casé con él porque lo encontré guapo, pero él aceptó el matrimonio por mi dinero. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Puede tratarse de un chantaje... o tal vez, de una especie de guerra de nervios, destinada a concluir con mi eliminación física. Si yo muriese ahora, Emil sería mi heredero.

—En resumen, usted sospecha que «Infalible» o es una creación del señor Van Gorthman o de un posible cómplice en un futuro asesinato.

—Si no se trata de mi asesinato, entonces es un chantaje. Ninguna de las dos posibilidades tiene el menor atractivo para mí, Tom.

—Muy bien, abriré el sobre —se decidió Dealon.

CAPÍTULO X

El abrecartas rasgó el sobre, que Dealon apreció era de un papel inusualmente grueso y recio. Sacó la carta de su interior y leyó:

«Tiene treinta días para reunir cien mil dólares en efectivo. Al cumplirse este plazo, recibirá nuevas instrucciones para la entrega del dinero».

Dealon terminó de leer la carta y volvió los ojos hacia su bella anfitriona.

—No me mire a mí —exclamó Wanda—. Fije la vista en la carta. Dealon obedeció el consejo. De pronto, dio un respingo.

Las letras desaparecían del papel con gran rapidez. Dealon se sentía lleno de asombro.

—Ahora, ponga la carta sobre un cenicero —indicó ella.

Dealon siguió maquinalmente el mandato. Un minuto más tarde, el papel empezó a humear y así continuó, hasta convertirse por completo en cenizas.

—¿Qué le parece, Tom? —preguntó ella.

Dealon alargó su copa vacía hacia la dueña de la casa.

—Sírrame más bebida; la necesito —dijo.

Wanda se puso en pie. Dealon la imitó y empezó a pasearse lentamente por el salón.

Cuando Wanda le entregó la copa nuevamente llena, tomó un largo trago. Al cabo de unos minutos de reflexión, se volvió hacia ella.

—Wanda, no se trata de un chantaje ni de que su marido quiera deshacerse de usted —dijo—. «Infalible» no miente en este caso. Si usted paga, Emil morirá.

—Detesto a mi esposo —confesó ella—. Pero la idea de librarme

de él por medio de un crimen, me horroriza.

—Y, sin embargo, no sería el primero, Wanda.

—¿Cómo?

—Eran seis los accionistas de la Hexa. La sociedad se disolvió y se formaron dos nuevas empresas, dirigidas por sendas parejas: Shadd y Kenner, y Laxton y Kirsoff. Usted, en cambio, no quiere más negocios, pero el caso es idéntico: usted y su marido forman la tercera pareja. Supongo que ya está enterada de las muertes de Kenner y Kirsoff.

—Les falló el corazón...

—Los asesinaron.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Wanda sintió que se le doblaban las piernas y tuvo que buscar un asiento.

—¿Cómo sabe usted que fueron asesinados? —pregunto, con voz apenas audible.

Dealon empezó a hablar. Wanda le escuchó en silencio, sin una sola interrupción.

Al terminar, ella exclamó:

—Pero ¿por qué quieren matarnos?

—Está usted equivocada, Wanda. «Infalible» no le quiere matar a usted, como tampoco quiso matar a Shadd ni a Laxton. Sí, asesinó a Kenner y a Kirsoff y ahora quiere asesinar a su esposo. Pero en los dos primeros casos, hubo quien, al morir los socios, obtuvieron grandes beneficios...

—Ése no es mi caso, Tom. Si Emil muere, yo no obtendré ningún beneficio.

—¿Está segura de ello?

Wanda se mordió los labios.

—Se quedaría libre —añadió Dealon—. No es un beneficio escaso, ¿verdad? Por cien mil dólares, usted se libra de un esposo infiel y castiga, de paso, sus numerosas traiciones. «Infalible» sí piensa que sería un beneficio para usted, Wanda.

—Tiene razón —convino ella—. A pesar de todo, yo no consentiré en un crimen.

—¿Ama a su marido?

—Ya, no —respondió Wanda con acento melancólico—. He podido darme cuenta de que es un ser vacío, un hombre presuntuoso, un saco de vanidad, que sólo piensa en sí mismo... y

en el dinero que obtiene de mí. Tenían razón los que me aconsejaban que no me casara con él.

—Si no le ama, tiene otros medios para romper estos lazos que ya le pesan tanto. Pero no recurra nunca a asesinato. Y ahora, si me lo permite, le daré un consejo, Wanda.

—Sí, Tom, lo que usted diga.

—Espere a que se cumpla el plazo de los treinta días «Infalible» le escribiré con una nueva carta, dándole instrucciones para la entrega del dinero. No la abra. Avíseme entonces, ¿quiere?

—Desde luego.

—Otra cosa. ¿Es aficionado Emil a los cigarros habanos?

—No, sólo fuma cigarrillos. Como yo...

—Wanda, por si acaso, fume únicamente cigarrillos que haya comprado usted en persona. No acepte uno ni siquiera de su propio esposo.

—Así lo haré, Tom —prometió ella—. ¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó ansiosamente.

Dealon se dirigió hacia la puerta.

—Ya la llamaré antes por teléfono —evadió una respuesta concreta, porque había visto una luz extraña en los ojos de la mujer y no sentía el menor deseo de crearse cierta clase de complicaciones.

—Los paquetes fueron entregados por la *Inter-Express*, una agencia de repartos de Newmills —informó Julia—. Han reconocido la envoltura y me han dado las señas personales del autor del envío, un tal Charles Brown, nombre falso a todas luces.

—Se le habrá ocurrido, al menos, preguntar las señas personales del tal Brown.

—Sí. Unos sesenta años, pelo muy blanco y abundante, se apoya en un bastón y... Chipp, me han facilitado el vivo retrato del profesor Brawson.

Dealon encendió un cigarrillo. Sentada en el diván de la sala, Julia le contemplaba especulativamente.

—Me siento anonadada —confesó—. Un hombre tan bueno y tan simpático... ¿Cómo ha podido convertirse en un asesino?

—Hasta ahora, por doscientos mil dólares. Espera cien mil más de Wanda Van Gorthman. Entonces, serán trescientos mil. ¿No le parece poco motivo, Julia?

—Pero, un hombre como el profesor Brawson...

—Era un químico de primera. ¿Quién sino él pudo preparar la sustancia tóxica que se activa con el fuego del tabaco y causa la muerte en cuestión de segundos? ¿Y las cartas en las que se borra primero la escritura y luego el papel se consume por sí mismo? Se necesitan unos conocimientos químicos de primera magnitud, reconózcalo usted, Julia.

Ella asintió.

—Tengo que darle la razón; Chipp —contestó—. El truco del papel auto-combustible es ingeniosísimo: de este modo no quedan rastros comprometedores. Pero ¿por qué no arde en el sobre?

—Está hecho, sin duda, en un papel especial, muy grueso, que impide el contacto con la luz, que es lo que desencadena la reacción química que produce la combustión.

—Ya entiendo, Chipp. A pesar de todo, me parece que el profesor Brawson tiene otros motivos de mayor fuerza que unos cientos de miles de dólares.

—Usted dirá cuáles son. Yo no sé verlos —declaró Dealon.

—Es bien sencillo. Brawson era investigador jefe de la Hexa y cesó cuando se disolvió la sociedad, por rencillas entre sus componentes. Ello ha creado en él unos sentimientos de odio, que sólo se desahogan cometiendo esos asesinatos.

—Quizá sea preciso tener en cuenta esas motivaciones —admitió él—. Pero, aparte de que va a ser muy difícil probarlo, es posible que Brawson quiera eliminar a todos los antiguos accionistas de la Hexa.

—Una venganza total, ¿no?

—En efecto.

—Sin embargo, no ha obrado con tanta astucia como creía. Hay uno que ha resistido a la tentación de librarse de su pareja.

—Cierto. Wanda me ha confiado la propuesta de «Infalible». Pero ¿sabemos si Emil van Gorthman no ha recibido también otra carta de «Infalible»? Sería el heredero de Wanda y se convertiría en el dueño de algo así como millón y medio de dólares.

—No, Chipp. «Infalible» no ha escrito a Emil, porque sabe que éste no puede darle cien mil dólares en billetes. «Infalible» sabe muy bien a quién se dirige, cuando propone un asesinato.

—En este caso, «Infalible» puede jugar la carta de esperar a que

Emil se convierta en el heredero de Wanda. Luego le haría un chantaje, no sé cómo, pero habrá pensado tal vez en un medio... infalible, claro, para cobrar su dinero, una vez cumplida su parte, esto es, el asesinato de Wanda.

—Pudiera ser, pero, a pesar de todo, se me hace tan difícil creer en el profesor Brawson como un asesino. ¿No opina usted igual que yo?

Dealon hizo un encogimiento de hombros.

—Julia, el alma humana es un arcano indescifrable —contestó—. Nadie sabe lo que piensa una persona, ni siquiera cuando, a veces, parece que lo expresa con toda franqueza. Pero hay algo en lo que sí puede tener usted razón.

—¿Qué es, Chipp? —preguntó ella.

—El exterminio total de los seis accionistas que un día formaron la Hexa —respondió Dealon tajantemente.

Las manos de Shadd temblaban al terminar la lectura de la carta:

«Kirsoff ha muerto. Usted se imagina fácilmente cómo murió. Pero Cody Laxton también puede pensar lo mismo de usted y de Kenner. Laxton es un hombre débil, irresoluto. Un día puede sentir remordimientos de conciencia y, si lo declara todo, usted no lo pasará bien. ¿Por qué correr riesgos innecesarios?

»¿Quiere que yo le libre de una grave preocupación? Esta vez, sin embargo, mi tarifa sería menor: sólo 50 000.

Le llamaré por teléfono esta noche. Diga, simplemente, sí o no.

»Suyo afectísimo,

»“Infalible”».

Las letras se borraron y el papel se convirtió en cenizas. Shadd temblaba de pies a cabeza.

Un par de tragos le entonaron considerablemente Empezó a reflexionar. Nadie le podía relacionar con la muerte de Kenner. Pero el hecho de que dos personas hubieran muerto en análogas circunstancias, podía dar mucho que pensar a la policía.

Sin embargo, si Laxton moría, las cosas cambiarían. Podría especularse con una venganza, por ejemplo. Y, sobre todo, Laxton no hablaría, porque si un día confesaba que «Infalible» le había ayudado a convertirse en el único dueño de su negocio, la policía pensaría de él algo parecido.

Había que evitarlo, a toda costa, como fuera.

Mildner podía ayudarlo. Conocía a gente capaz de ejecutar cualquier trabajo por un precio razonable, muy inferior, por supuesto, a cien mil dólares.

Con tres o cuatro mil, tendría resuelto su problema.

Lo malo para Shadd, y en aquel momento, lógicamente, lo ignoraba, era que Laxton pensaba de la misma manera, porque acababa de recibir una carta análoga.

CAPÍTULO XI

Martín Mildner miró fijamente al hombre que tenía ante sí, alto, delgado y de rostro huesudo, pero inexpresivo.

—Te necesitaba para un trabajo, *Hack*, pero ahora no sé sí...

—Me ha hecho venir de muy lejos —manifestó Rustler sin alzar el tono de su voz.

—Lo sé, y no creas que no compensaré los perjuicios que te haya podido causar. De todas formas, ¿por qué no te quedas unos días en Newmills? Quizá pueda encargarte algo interesante. Bien pagado, por supuesto.

Rustler dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Me hospedo en el Timberley —anunció fríamente. Al quedarse solo, Mildner se secó el abundante sudor que cubría su frente.

—Ese hombre me da frío —dijo a media voz.

Pero podía sustituir con ventaja a Stuescher. Y, sobre todo, no sería tan imprudente. En los últimos tiempos, Stuescher había perdido ya los nervios; no era ya el hombre tranquilo y eficaz que siempre había sido. Rustler, en cambio, no cambiaría jamás.

Uno de sus esbirros le anunció de pronto que tenía una visita.

—Se llama Cody Laxton, jefe —dijo el sujeto.

Mildner había oído el nombre de Laxton en más de una ocasión.

—Muy bien, hazlo pasar —accedió.

Laxton entró momentos después. Se cercioró de que la puerta estaba herméticamente cerrada y se sentó frente al dueño del local.

—Entraré en materia inmediatamente, señor Mildner —dijo el visitante—. Y no me diga que no, porque estoy bien informado. Usted es socio, o tiene como socio, a Harry Shadd. ¿Le gustaría quedarse solo con el negocio?

Mildner saltó en el asiento.

—¿Cómo? ¿Qué trata de proponerme usted, señor Laxton? —exclamó.

—Simplemente, el asesinato de Shadd.

Hubo un momento de silencio.

—Aprecio a Shadd...

—No nos engañemos, Mildner. Ni le aprecia ni lo odia. Simplemente, es su socio. Usted tiene la parte mayoritaria, por supuesto, pero a Shadd ha de entregarle una parte de los beneficios no inferior a una tercera parte. ¿Me equivoco?

—¿Cómo lo sabe usted? —se sorprendió Mildner.

—El mismo me lo dijo hace algún tiempo. Yo le ofrezco la oportunidad de quedarse con el ciento por ciento de los beneficios y... cincuenta mil dólares más.

Mildner se reclinó en su sillón.

—Señor Laxton, usted olvida que yo no...

—Cuando entré aquí, mencione algo de hablar con absoluta franqueza. No me venga ahora con protestas de inocencia; un tal Harmon murió electrocutado y se dice que era el ejecutor de sus sentencias de muerte. Cuando no lo hacían dos tipos llamados Hoos y Canlon. Ahora tendrá a otro u otros en su lugar. Eso no me interesa en absoluto.

Un pesado paquete, de forma inequívoca, voló por los aires y aterrizó sobre la mesa, resbalando hasta llegar junto a las manos del atónito Mildner.

—Pago por adelantado —dijo el resuelto visitante—. Espero resultados.

Laxton se puso en pie y salió del despacho, antes de que Mildner hubiera recobrado el uso de la palabra.

Al cabo de unos momentos, Mildner reaccionó y sonrió. Rasgó el papel que envolvía el paquete de dinero y contempló con satisfacción el fajo de billetes.

—Cincuenta mil dólares... y todo el negocio mío —murmuró—. Es un asunto que vale la pena.

Luego pensó que Rustler había llegado en un momento muy apropiado.

El hombre con quien Dealon tropezó en The Golden Wheel le resultó conocido.

—Dispense —se excusó cortésmente. Y añadió—. Creo que usted y yo nos hemos visto antes.

—De nada serviría negarlo, abogado —sonrió Gandly—.

Tenemos un amigo en común: el profesor Brawson.

—Ah, ahora recuerdo. Vaya una memoria la mía, señor Gandly. ¿Tomamos una copa juntos para celebrarlo?

—Lo siento, abogado. Estoy esperando a una chica. Confío en que no se ofenderá por mi negativa.

—Esa chica será bonita y una mujer hermosa siempre justifica cualquier negativa —sonrió Dealon—. ¿Cómo le va el negocio de la fumigación aérea?

—Sólo me puedo quejar de la rutina del trabajo. En lo demás, todo es satisfactorio. Discúlpeme, allí viene ella.

Gandly se alejó en compañía de una mujer joven generosamente escotada y de sonrisa harto profesional. A Dealon no le gustaba, pero pensó que todo el mundo tenía derecho a sus preferencias.

Nina se le acercó.

—¿Mesa, señor? —sugirió.

—No, tomaré algo en el bar.

—Como quiera, señor. —Ella bajó la voz de pronto—. Luego, al terminar, en mi casa, Chipp.

—O.K., preciosa —contestó él en el mismo tono. Cuando tenía la copa a medias, se le acercó Mildner.

—Celebro verle por mi local, abogado —dijo—. ¿Se divierte?

—No me aburro —contestó Dealon—. ¿Marchan bien las cosas?

—Sólo tengo una rueda, pero es de oro —contestó Mildner, aludiendo al título del local.

—En ese caso, no me queda otro remedio que felicitarle. Y desearle que no se interponga ningún pedrusco en el camino de esa rueda.

—Hasta ahora, ha girado perfectamente, abogado.

—Porque ha encontrado un camino liso y sin baches. ¿Quién sabe cómo será el camino de ahora en adelante?

Mildner dejó de sonreír. «Shadd tiene razón», pensó.

El abogado podía constituir un estorbo. Pero aquella misma noche, Laxton le había facilitado los medios de apartar más de un obstáculo, sin que a él le costase un solo centavo.

—El camino seguirá siempre llano —aseguró enfáticamente.

Mildner dio una vuelta por la sala, saludando y charlando con algunos conocidos. Cuando regresó a su despacho, se encontró con Shadd, sentado, esperándole.

—Quiero pedirte un favor —dijo el visitante.

—¿Importante?

Shadd le dirigió una penetrante mirada.

—Se llama Laxton —dijo—. ¿Cuánto costaría quitarlo de en medio?

—Nada, ni un céntimo, Harry.

—Gracias, Martín; sabía que tú eras un buen amigo...

—Estás equivocado —le atajó Mildner con frialdad—. Quiero decir que no pienso aceptar tu proposición. Si tienes alguna cuenta pendiente con Laxton, tendrás que ajustarla tú personalmente.

—Pero, Martín...

La mano de Mildner señaló hacia la puerta.

—Sal, Harry —ordenó con acento perentorio—. Socios solamente en este negocio, pero nada más, ¿entiendes?

Los dientes de Shadd rechinaron de rabia.

—No lo olvidaré, Mildner —aseguró al despedirse.

Mildner no dijo nada. Pero en su interior se burlaba del hombre que acababa de salir y al que ya consideraba como un cadáver.

CAPÍTULO XII

—De modo que Laxton fue a visitar a Mildner —dijo Dealon, con acento meditabundo.

—Sí. No pude enterarme de lo que hablaron; era la hora de más trabajo y no se me presentó la ocasión de acercarme al despacho. Pero creí que te resultaría interesante saberlo.

—Lo es, en efecto —sonrió él—. Gracias por la información, preciosa.

Nina se sintió decepcionada.

—¿Te vas ya? —preguntó.

Dealon la miró un momento. Realmente, no tenía ninguna prisa.

—Anda, prepara dos copas —indicó, con la mejor, sus sonrisa.

Ella le abrazó y le besó cálidamente.

—Sé que sólo soy un pasatiempo para ti, pero me gusta tenerte a mi lado —dijo.

Por la mañana, Dealon se reunió con Julia.

—¿Qué más ha conseguido? —preguntó él, después de los primeros saludos.

—Una prueba irrefutable, Chipp. Conseguí que el empleado de la agencia de mensajerías viniese a pasear conmigo, por delante de la casa del profesor.

—No le costaría mucho, supongo.

—Ese hombre es casado y tiene tres hijos —dijo ella virtuosamente—. Accedió porque yo se lo pedí y porque, también hay que decirlo, le pagué veinte dólares.

—Derrochadora —la apostrofó Dealon amistosamente. ¿Qué dijo el empleado?

—Identificó al profesor, sin ningún género de dudas.

Dealon se mordió los labios.

—Me pasa lo mismo que a usted, Julia —dijo—. Parece increíble que haya podido ser Brawson.

—Y, sin embargo, todas las pruebas están en su contra. Chipp.

Callaron un momento. Luego, Julia propuso:

—¿Por qué no le visitamos a la tarde y hablamos con él poniendo las cartas boca arriba?

—Espere un poco —dijo él.

—¿Cuánto?

—Veinticuatro días —respondió.

Julia saltó en su asiento.

—Demasiado tiempo —exclamó—. ¿Por qué tanto?

—Dentro de veinticuatro días, Wanda van Gorthman recibirá una carta, dándole instrucciones para depositar los cien mil dólares. Ése será el momento apropiado para echar el guante a «Infalible».

—Sí, es cierto. Pero ¿qué haremos mientras tanto Chipp?

—Hay una cosa que me intriga sobremanera, Julia —manifestó el abogado—. Ciertamente, Brawson conocía muy bien a los seis miembros de la Hexa. Pero ha adquirido conocimientos y detalles que no tenía por qué saber; en realidad, sus relaciones con esas personas debían limitarse estrictamente al campo profesional. Sin embargo, lo sabe todo acerca de su vida, sus costumbres sus preferencias... ¿Cómo lo ha averiguado, Julia?

—Un buen servicio de información, no cabe duda —respondió ella.

—Exacto. Y si tenemos en cuenta que en Newmills hay sólo dos agencias de investigación privada...

—Que no nos darán el menor dato, escudándose en el secreto profesional —le interrumpió Julia.

—¿Y quién le ha dicho que yo vaya a pedir directamente esos datos? Julia, ¿le gustaría hacer la ladrona?

Ella se sobresaltó un poco, pero, enseguida, comprendió el sentido de la pregunta.

—Tengo que ponerme un *pullover* y pantalones negros, ¿no es así? —dijo con hechicera sonrisa.

—Es el atuendo que se suele llevar en ocasiones semejantes —confirmó Dealon.

Las palmas de las manos de Shadd estaban húmedas.

De cuando en cuando, tenía que sacar un pañuelo para enjugarse el sudor. Al hacerlo, tocaba la culata del revolver que guardaba en uno de sus bolsillos.

Tenía que hacerlo, se repetía a sí mismo. Era cuestión de tranquilizar su conciencia. Porque si no se adelantaba a Laxton, Laxton le mataría a él.

La ventaja de Shadd estribaba en que Laxton vivía solo. Tenía, ciertamente, un ama de llaves, pero era su día de salida. Shadd había elegido el momento adecuadamente.

Escondido entre los arbustos del bien cuidado jardín que rodeaba la casa de Laxton, aguardaba pacientemente. Laxton no vería el amanecer del día siguiente.

De pronto, un coche se detuvo ante la entrada. Laxton se apeó, abrió la puerta del jardín y luego volvió al coche.

El vehículo rodó lentamente hacia la puerta del garaje. Shadd sabía que Laxton entraría en la casa por la puertecita interior del garaje. Agachado, se movió detrás del vehículo y esperó a que la puerta grande se hubiera cerrado.

El mecanismo de cierre era automático. Laxton comprobó con una mirada maquinal que todo estaba en orden y entonces se dirigió hacia la puerta pequeña, a la que se accedía por una escalera de tres peldaños.

Shadd corrió silenciosamente tras él. En el momento en que Laxton empujaba la puerta pequeña, levantó el revólver y disparó tres veces seguidas, con el cañón muy cerca del cráneo de la víctima.

Laxton pegó un tremendo brinco. Un último sentimiento instintivo le hizo tratar de agarrarse a la jamba de la puerta, pero las fuerzas le fallaron de golpe y cayó hacia atrás.

Shadd tenía la boca seca y temblaba convulsivamente de pies a cabeza. Durante unos minutos, contempló el cuerpo de Laxton con morbosa fascinación, viendo cómo la sangre se extendía en regueros por el cemento de suelo. De pronto, reaccionó y corrió hacia la puerta.

Antes de salir, sacó un pañuelo y con él ante las yemas de los dedos; apagó la luz. Luego accionó el mando de apertura de la puerta.

El garaje estaba relativamente distante de la acera. Shadd confiaba en que el estruendo de las detonaciones no habría llegado demasiado lejos. A tales horas, todos los vecinos estaban dentro de sus casas, probablemente cenando y con el televisor en marcha.

Su coche estaba parado a unos doscientos metros Entró, se sentó tras el volante y dio el contacto. Arrancó y emprendió el camino de vuelta a casa.

Diez minutos más tarde, se detuvo. Entonces notó una presencia extraña a sus espaldas.

Pero no tuvo tiempo de volverse. Algo que parecía un dardo de fuego le taladró la nuca. Shadd no oyó el disparo ni tuvo tiempo de enterarse de lo que le había sucedido.

Por otra parte, Rustler era de la clase de gente que usaba silenciador en sus armas. Y, experimentado, no necesitaba consumir tres cartuchos para abatir a sus víctima.

Shadd había quedado apoyado hacia su izquierda Rustler lo empujó al lado contrario, a fin de que quedase tendido sobre el asiento. Así, su cuerpo tardaría más en ser hallado.

Tranquilamente, sin el menor apresuramiento, Rustler abrió la portezuela trasera derecha y se apeó. No tenía miedo a dejar huellas dactilares, siempre usaba guantes.

—Se me ocurre una idea —dijo Julia.

—¿Sí? —murmuró Dealon distraídamente, mientras forcejeaba con la cerradura de la puerta.

—Hay una alarma... o debe de haber. Una agencia de investigación contiene muchos secretos profesionales, Su director tiene que ser hombre precavido y, si intentan robar algún documento de sus ficheros...

—Querida, yo también soy hombre precavido —contestó él.

La puerta exterior era más bien sencilla. Dealon terminó la perforación de la madera y, acto seguido, metió una fina sierra por el agujero que había hecho. A los pocos minutos, había cortado ya un cuadrado de dimensiones ligeramente superiores a las de la cerradura.

El paso quedó libre. Tanto él como Julia llevaban guantes negros. Dealon buscó el interruptor de la luz, situado junto a la puerta.

Miró a derecha e izquierda. De pronto, vio el interruptor general y lo bajó. Volvieron las tinieblas.

—La alarma ya no funcionará —dijo, a la vez que encendía una lámpara portátil.

Cruzaron las oficinas y llegaron a un antedespacho, en el que

había varios archivadores. Estaban cerrados con llave, pero Dealon los forzó mediante la ayuda de un recio destornillador.

—¿Qué pasará si no encontramos nada? —preguntó Julia.

—Esto es un juego con una moneda, a cara o cruz, sólo hay dos agencias de investigación en Newmills. Si aquí no encontramos nada, lo encontraremos en la otra Sencillo, ¿no?

Dealon empezó a hurgar en las distintas carpetas, un poco al azar. Julia hizo una sugerencia:

—Busque en la letra I, de «Infalible», claro.

—No creo que el asesino haya empleado ese seudónimo para pedir informes de sus víctimas, suponiendo que lo haya hecho. Más bien opino que habrá empleado un nombre inocuo... Charles Brown, por ejemplo, Bill Jones, o John Smith... Ah —exclamó de pronto—, aquí creo que hay algo.

Dealon sacó una carpeta y la llevó a una mesa. Julia alumbraba con la linterna.

En la carpeta había varias cartas, firmadas por Charles Brown, en la que se solicitaban informes sobre la vida y costumbres de varias personas. Todas ellas eran conocidas de la pareja.

En cada carta, se anunciaba el envío de un cheque como importe provisional de los gastos de investigación. También encontraron una copia dirigida a Charles Brown Lista de Correos, con la nota total de gastos.

—Un chico listo, el tal Charles Brown —comentó Dealon—. Ha conseguido todo lo que quería, sin necesidad de dar la cara.

—Aquí no hay copia de los informes...

—Eso es algo que sólo deben conocer los investigadores y Charles Brown. Lo lógico es que se guarde correspondencia cruzada entre la agencia y la persona que encomienda la investigación, y las notas de ingresos y gastos, pero nada más.

—Total, que estamos como estábamos —dijo Julia desanimada.

—Algo hemos ganado. En un asunto como éste, el menor detalle puede tener su importancia. Fíjese en la fecha de la última carta, Julia.

—¿Para qué, Chipp?

—Muy sencillo, mañana se irá usted a la oficina de Correos y hablará con el empleado encargado de la Lista. Una chica bonita siempre tiene más posibilidades que un hombre.

—Usted quiere que yo consiga informes sobre el aspecto personal de este otro Charles Brown.

—Ha adivinado usted mis pensamientos —contestó Dealon.

Al salir, ella sonrió y dijo:

—Hemos sacado cara, Chipp.

Dealon movió la cabeza, no demasiado satisfecho de lo que había conseguido.

—A decir verdad, la moneda ha caído de canto —respondió.

El hombre era viejo y tenía el pelo lleno de canas. Rustler abrió la puerta de su cuarto del hotel y respingó al ver a un anciano que le esperaba, sentado en un sillón.

Por instinto, Rustler llevó la mano al interior de su chaqueta. El anciano sonrió amablemente.

—No es necesario que saque su pistola por segunda vez esta noche —dijo—. Ya es bastante con haberla usado contra Harry Shadd.

Rustler apretó los labios.

—No conozco a ese individuo...

—¿Cuánto le han pagado por matarlo?

El asesino guardó silencio unos instantes.

—¿Quién le ha dicho a usted que yo he matado a Shadd? —preguntó al cabo.

—Yo le vi esconderse en el coche. En cambio, Shadd no lo advirtió. Es de suponer que siga ignorándolo, aunque dicen que los que están en el más allá lo saben todo. Pero los muertos no vuelven a declarar contra los vivos.

—Viejo, es usted demasiado listo. Voy a tener que...

—¿Cuánto le ha pagado Mildner?

—Continúo opinando que sabe usted demasiado. Escuche, ahora mismo, nos iremos los dos de paseo. Supongo que se imagina lo que quiero decirle.

El anciano continuaba sonriendo, imperturbable.

—¿Cuál es la tarifa actual, hoy día, por un asesinato? —preguntó.

Rustler reflexionó rápidamente. De nada serviría eludir la realidad, se dijo; aquel viejo lo sabía todo.

—¿Cómo se llama su enemigo? —preguntó.

El anciano soltó una risita.

—Eso ya está mejor —contestó—. Se llama Mildner.

—¡Mildner!

—Exactamente. ¿Cuánto le pagó por liquidar a Shadd?

—Cinco mil. —Rustler mentía exageradamente. Si el viejo quería deshacerse de Mildner, y a él no le importaban en absoluto sus razones, le sacaría el jugo.

Un fajo de billetes cayó sobre el sillón contiguo.

—Cuenta, hay diez mil —dijo el hombre del pelo blanco.

Rustler abrió la boca, estupefacto.

—¡Diez mil! —exclamó.

El anciano se puso en pie y caminó hacia la puerta, apoyado en su usado bastón.

—No le indicaré el método mejor, pero sí le diré que es un asunto que corre bastante rápido —se despidió del todavía atónito Rustler.

Al quedarse solo, el pistolero se precipitó sobre el fajo de billetes. Sí, había diez mil dólares.

Una sonrisa de satisfacción apareció en sus delgados labios.

—Creo que he hecho un buen negocio con este viaje a Newmills —murmuró para sí.

CAPÍTULO XIII

Los dos diarios de Newmills aparecieron a la mañana siguiente con gruesos titulares en sus primeras páginas.

Julia estaba durmiendo todavía cuando oyó llamar furiosamente a la puerta de su casa. Soñolienta, con el pelo revuelto, se puso una bata, metió los pies en unas zapatillas y acudió a abrir.

A través de la mirilla reconoció al que estimaba madrugador visitante. Abrió y miró sorprendida a Dealon.

—Muy temprano viene usted a mi casa —dijo.

—¿Temprano? Son las diez y media —contestó él.

—Oh, me he quedado dormida. La verdad, Chipp, anoche nos acostamos muy tarde. Pero ¿qué es lo que sucede?

Dealon puso los periódicos en sus manos.

—Libre sus ojos de las telarañas del sueño y entérese de las novedades —indicó.

Julia obedeció maquinalmente. A los pocos segundos se sentó en un diván, sintiéndose incapaz de mantenerse en pie.

—¡Dios mío! Esto es espantoso —dijo.

—Horrible —calificó Dealon—. ¿Dónde está la cocina? Creo que convendría tomar un poco de café, ¿no le parece?

Julia se puso en pie de un salto.

—Estará hecho en cinco minutos —aseguró.

Dealon caminó tras la joven. Julia estaba muy nerviosa.

—¿Por qué, Chipp, por qué? —preguntó.

—Se trata de un caso clarísimo de venganza personal —opinó él.

—¿Acaso derivado de la disolución de la Hexa?

—Es muy probable, Julia.

—Me siento culpable. A usted debe de pasarle algo parecido. Debimos haber intervenido antes. Esas dos muertes pudieron haberse evitado, Chip —exclamó ella con vehemencia.

—No han sido las únicas —contestó él.

Julia se volvió y le miró sorprendida.

—¿Se refiere usted a los pistoleros? —preguntó.

—Sí.

—Pero ¿qué tienen que ver...?

—Julia, esos hombres sabían algo. Quizá fueron los que llevaron los cigarros que mataron a Kenner y a Kirsoff...

—Los enviarían por medio de una agencia, como en su caso —alegó la muchacha.

—No. El asesino sabía que yo desconfiaría; por eso recurrió a la agencia. Pero en el caso de Kenner y Kirsoff no había motivos para desconfiar. Además, en el primero, su esposa pudo recoger la caja con los cigarros mortíferos, lo mismo que el ama de llaves de Kirsoff en el segundo.

—Sí, puede ser.

—Por tanto, usted irá a visitar a la señora Kenner y se enterará de quién llevó los cigarros. Quizá lo hizo el propio Charles Brown, pero fuese quien fuese, tenemos que enterarnos de ello. Ah, y no se olvide del empleado de Correos.

—Iré enseguida —prometió ella.

Dealon se dirigió hacia la puerta.

—Llamaré más tarde a su oficina —dijo.

—Eh, pero se va sin tomar café...

—Le dije que lo hiciera, aunque no para mí. Usted sí lo necesitaba —se despidió el abogado.

Dealon llegó a su oficina poco después. Apenas había entrado, sonó el teléfono.

Descolgó el aparato. La voz de Wanda Van Gorthman llegó a sus tímpanos con trémolos de ansiedad.

—Tom, le estoy llamando desde hace rato...

—Lo siento, había tenido que salir —se disculpó él—. ¿Ocurre algo?

—Sí. Venga inmediatamente, se lo ruego. No puedo decirle nada por teléfono; necesito hablarle personalmente.

—Está bien, iré ahora mismo.

Estaba muy alterada, lo advirtió Dealon en el acto apenas la vio. Wanda estaba sin maquillar, aunque muy bien peinada, y hablaba atropelladamente, con frases que apenas tenían ilación.

—Bueno, bueno, tranquilícese usted —dijo él, palmeando una de

sus manos—. Está viva y no le ha pasado nada...

—Sí, pero Emil quiere matarme.

Dealon se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

Ella se acercó a una consola y tomó algo que entregó a su visitante. Dealon vio en el acto que era un sobre vacío.

Pero también advirtió otro detalle: el sobre era análogo en todo al que contenía la carta humeante, que él había abierto días atrás en aquella misma casa.

Dealon se quedó meditabundo unos momentos. Wanda le contemplaba expectantemente.

—No lo comprendo —dijo Dealon al cabo—. ¿Acaso «Infalible» quiere que se maten el uno al otro?

—Quizá lo que busca es asegurarse los cien mil dólares. Si yo rehúso, Emil se los daría al heredarme.

—Es posible. ¿Ha leído usted los periódicos de hoy?

—Sí. Estoy aterrada, lo confieso. De los seis miembros de la Hexa sólo quedamos yo y mi marido.

—Según tengo entendido, Emil era pobre cuando se casó con usted.

—En efecto, él no tenía más que... bueno, imagínese un rostro agraciado y un cuerpo muy apuesto.

—Pero Emil formaba parte del Consejo de Administración de la Hexa. O era accionista, tanto da, en este caso.

—Yo le cedí parte de mis acciones, aunque sólo de una forma nominal, a fin de tener mayor control sobre la sociedad —explicó Wanda.

—¿Por qué la disolvieron? Era una empresa que marchaba muy bien.

—No nos pusimos de acuerdo sobre una ampliación de capital. Yo no quería recurrir a créditos, que nos hubieran hipotecado la propiedad de la empresa. Los otros cuatro sí querían, pero cuando anuncie mi retirada y la de Emil, a ellos no les quedó otro remedio que secundarme.

—Vaya —sonrió Dealon—, veo que es usted algo más que una mujer hermosa; también tiene sentido de las finanzas.

Wanda se sintió halagada al escuchar aquellas palabras.

—Lo que pretendían hacer era un disparate —contestó—. Tal

vez, en asuntos sentimentales, sea una tonta, pero la cosa varía cuando se trata de emplear el dinero.

—Sí, ya lo estoy viendo. Wanda, ¿ha encontrado cenizas del papel que había en la carta?

—No. Quizá Emil la leyó en el cuarto de baño y dejó ir las cenizas por el sumidero.

Dealon rechazó la sugerencia.

—Eso no es lógico —manifestó—. No tiene sentido arrojar las cenizas por el sumidero y no hacer lo mismo con el sobre, debidamente troceado. Simplemente, se lo olvidó aquí... y alguna de sus criadas limpió después el cenicero.

—Es probable —admitió Wanda.

—Quiero hablar con Emil. ¿Dónde puedo encontrar lo ahora?

—Ha salido. Dijo que tenía algo que hacer, aunque no me indicó de qué se trataba. Pero con seguridad, a las siete de la tarde, lo tendrá usted en Yarrel's. Es un local muy exclusivo y abundan las chicas bonitas.

—Está usted muy bien informada de las andanzas su marido, Wanda —comentó él.

La mujer suspiró.

—Tiempo atrás encomendé a una agencia de información una investigación sobre Emil. Tuve ocasión de comprobar por mí misma algunos de los informes. Pero eso ocurrió casi un año atrás. No obstante, sé que sigue acudiendo a Yarrel's.

—A las siete estaré hablando con él —prometió Dealon—. La tendré al corriente de lo que averigüe, Wanda.

—Tom, no sé cómo pagarle...

Dealon sonrió suavemente.

—Usted dijo antes que es una mujer de negocios, pero también me parece un poco tacaña —dijo—. Gástese el dinero, mujer; así podrá quitarse de en medio a ese parásito que vive a costa suya.

Wanda se sofocó.

—No estará proponiéndome un asesinato, Tom —ex clamó.

—Nada de eso, pero para casos como los suyos, hay tribunales y abogados muy competentes —respondió Dealon—. Entre los cuales, por supuesto, no me cuento yo —añadió modestamente.

—Quizá tenga usted razón. Por no querer gastarme unos miles de dólares...

—Ahora es ocasión de que emplee su dinero en algo más que en dorar sus lamentaciones —se despidió Dealon.

Cinco dólares, hábilmente empleados, sirvieron al abogado para enterarse de que Emil Van Gorthman se hallaba en uno de los reservados del Yarrel's, muy bien acompañado.

El barman, receptor del billete de cinco dólares, le hizo, no obstante, una advertencia:

—Al señor Van Gorthman no le gusta que le interrumpan en estas ocasiones, señor. Recuerdo que una vez apaleó a un tipo...

—Ese tipo no era yo —contestó Dealon con suficiencia.

Cruzó el local, pequeño, pero muy lujoso, y se adentró en un angosto pasillo, discretamente iluminado. Las paredes estaban forradas de tela roja. Al final, había una escalera, con los peldaños cubiertos por una gruesa alfombra.

Dealon subió al primer piso y buscó la puerta señalada con el número cinco. Era de gruesos paneles de madera y, calculó, estaría acolchada en el interior. A nadie le interesaba lo que sucedía al otro lado.

Una lámpara piloto, sobre el dintel, señalaba que el reservado estaba ocupado. Dealon hizo caso omiso de la advertencia y abrió.

Sonó un grito femenino. Una chica muy mona, escasamente vestida, se levantó corriendo en busca de algo con que cubrir su cuerpo.

El hombre que estaba con ella le miró de muy mal humor.

—Se ha equivocado de puerta, amigo —dijo.

Dealon estudió un instante a Van Gorthman. Era un hombre joven, alto, muy apuesto, pero de músculos escasamente cultivados. «Pura fachada», pensó.

La chica se vestía apresuradamente.

—Emil, dijiste que nadie nos molestaría...

—¿Tiene usted alguien que pueda reprocharle lo que ha estado haciendo, señorita? —preguntó Dealon.

—No, pero hay cosas que molestan mucho, dicha sea la verdad —respondió ella, con la barbilla levantada.

Van Gorthman se incorporó.

—No te vayas, Sheree —dijo—. Voy a dar una lección a este tipo...

Dealon sonrió.

—Sí, Sheree, quédese.

Van Gorthman se le arrojó encima. Un segundo después, salía despedido con indescriptible violencia hasta el fondo de la habitación.

Los ojos de la chica expresaron admiración.

—Demonios, es usted un hércules —exclamó—. Y eso que parece un oficinista...

Dealon sonrió complacido.

—Te llamas Sheree, ¿no? —dijo.

—Sí. El apellido es Gardner —puntualizó ella.

Un puñado de billetes cambiaron de mano.

—Espérame abajo —ordenó—. Tardaré sólo unos minutos. Quiero hablar contigo y nos iremos a otro sitio menos concurrido que éste.

Una singular sonrisa apareció en los labios de la chica.

—O.K., tú —contestó.

CAPÍTULO XIV

Emil Van Gorthman sacudió la cabeza un par de veces y luego se sentó en el suelo. Dealon llenó una copa y se la señaló con la mano.

—Vamos, termine de espabilarse —dijo—. No he hecho más que rozarle la mandíbula.

Van Gorthman se sentó en el suelo.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me ha atacado? —preguntó, de malísimo humor.

Dealon llenó la otra copa y tomó un par de sorbos. Luego chasqueó la lengua apreciativamente.

—No está mal, champaña a las siete de la tarde —comentó—. ¿Lo paga usted con el dinero que le da su esposa?

—Todavía no ha contestado a mis preguntas —dijo el otro hoscamente.

—Hay tiempo. —Dealon sacó el sobre que Wanda le había dado y lo puso encima de la mesa—. Se olvidó esto en su casa, Emil.

Van Gorthman se puso en pie.

—No es más que un sobre vacío —dijo, después de examinarlo.

—Pero antes, por supuesto, contuvo una carta. La firmaba un tal «Infalible». ¿Cuánto le pide por la viudedad, Emil?

Hubo un momento de silencio, Van Gorthman miraba fijamente al hombre que tenía frente a sí y que le había derrotado con tanta facilidad.

—No conozco a ese «Infalible» a quien usted cita ni jamás he recibido una carta suya —contestó al cabo.

—Si Wanda muriese, usted heredaría toda su fortuna, ¿no es cierto?

—Amo a mi esposa...

—Lo que usted ama es el dinero de Wanda —cortó Dealon cáusticamente—. Pero ella se ha convertido en un estorbo para usted, Le pasa doce años y, aunque está muy bien conservada,

mejor dicho, es todavía una mujer muy hermosa, usted piensa que una chica como Sheree es mucho más atractiva. Sheree o cualquiera que tenga físico y quince años menos que la señora Van Gorthman. Estar casado se ha convertido para usted en un tormento insufrible, pero, al mismo tiempo no puede dejarla, porque se le secaría la fuente de ingresos. ¿Me equivoco, Emil?

—¿Es usted un detective contratado por ella? —preguntó Van Gorthman.

—Algo parecido, Emil.

—Está bien. Yo tengo dinero, menos que mi mujer claro. ¿Cuánto pide por volver la vista a un lado?

—Le diré una cosa, Emil. Wanda ha decidido dejarle libre. Naturalmente, sin un centavo.

Van Gorthman palideció.

—¡Ella no puede hacer una cosa semejante! —gritó—. No lo consentiré, jamás daré mi aprobación...

Dealon sonrió.

—Wanda le acusará de tentativa de asesinato, Emil, Pero, además, tendrá que responder de otros crímenes, pagados, inspirados o cometidos por usted mismo. Cuatro de los miembros de la Hexa han muerto ya. Sólo falta Wanda. Usted se librará, claro; aparentemente, no tenía voz ni voto en las decisiones de la Hexa, Algún despechado ha cometido esas muertes por venganza, es lo que pensará la policía. Y lo que usted ha calculado, por supuesto. Pero ha cometido un error: se ha dejado ese sobre en casa y ya, cuando menos, Wanda sobrevivirá.

Terminó la parrafada y se dirigió hacia la puerta. Lo que había dicho, pensó, no era sino un *bluf*. Simplemente, quería meter el miedo en el cuerpo de Emil, Dealon estaba seguro, en su interior, de que lo que menos quería Van Gorthman era la muerte de su esposa, puesto que sería el primer sospechoso en quién se fijaría la policía.

A Van Gorthman le convenía más el actual estado de cosas. Una esposa rica y dinero abundante para sus aventuras amorosas con otras mujeres. La muerte de Wanda podría acarrearle demasiadas complicaciones.

Abandonó el reservado. En la planta baja, se encontró con un conocido.

—Hola, señor Gandly —dijo.

—¿Qué tal, abogado? —contestó el interpelado.

—Éste es un sitio donde uno puede divertirse mucho —sonrió Dealon—. Le deseo suerte en ese sentido, señor Gandly.

—Lo mismo le digo, señor Dealon.

Sheree se acercaba al joven con aparatoso ondular de caderas.

—¿Has terminado ya la conferencia de negocios con Emil? —preguntó.

—Así es. Ahora, tú y yo sostendremos otra mucho más interesante. Si vienes conmigo, te enseñaré un sitio donde nadie nos molestará en absoluto.

—Me encantan esos sitios —contestó ella—. Pero todavía no me has dicho tu nombre.

—Chipp, llámame Chipp, simplemente, preciosa.

Dealon llegó muy tarde a su casa. Tan tarde, que Julia se había quedado dormida en el sillón en que se había sentado a esperarle.

Julia abrió los ojos al sentir ruido. Bostezó ligeramente y luego dirigió al joven una mirada de sorpresa.

—Mucho ha tardado usted —le reprochó.

—Recoger informes no es cosa tan sencilla como parece —se disculpó él—. ¿Preparamos café Julia?

—Vamos —aceptó ella, a la vez que se ponía en pie—. Yo también tengo informes, aunque quizá no tan interesantes como los suyos.

—Empiece usted en primer lugar, por favor.

—Muy bien. A cada minuto que pasa, me confirmo más y más en que el profesor Brawson es «Infalible».

—¿Por qué, Julia?

Ella empezó a poner agua en la cafetera.

—El empleado de Lista de Correos me dio su descripción física, es decir, la del hombre que se identificó como Charles Brown, para recoger los informes de la agencia de investigación —contestó.

—Muy bien. ¿Qué le dijo la señora Kenner?

—Los cigarros llegaron por la agencia de reparto.

—Entiendo. Le habrá pedido las cajas, supongo.

—A ella no le gustaba mucho el humo del tabaco. Lo soportaba, porque quería a su esposo. Quemó las dos cajas en la chimenea.

—Lástima. Menos mal que quedan los míos como pruebas. Y los de Kirsoff, naturalmente.

—Se equivoca, Chipp. El ama de llaves de Kirsoff me ha dicho que, al día siguiente de la muerte, vino el repartidor de la agencia y le pidió las dos cajas, alegando que se trataba de un error y que tratarían de repararlo de la mejor manera posible. El ama de llaves no vio inconveniente en la petición y le entregó las dos cajas: una abierta, en la que sólo faltaba el último cigarro que se fumó Kirsoff, y la otra todavía con los precintos en su sitio.

—Ese mandadero sería Charles Brown, seguro.

—Pero Charles Brown es el profesor...

—No, Julia, estábamos equivocados. Brawson es absolutamente inocente.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Pero, entonces, ¿quién es el culpable? —exclamó.

—Hoy he conocido a una chica —respondió él—. Se llama Sheree Gardner y trabaja en una compañía de fumigación aérea.

Martín Mildner cerró su oficina y se dirigió hacia la salida. Llegó al exterior y entró en su auto.

Algo se movió detrás de él. Mildner sintió que los cabellos se le erizaban.

—No... —empezó a gritar.

El disparo, que no hizo apenas ruido, cortó su voz. Mildner empezó a caer hacia adelante, pero la mano de Rustler lo sujetó por el cuello de la chaqueta, a fin de que no hiciese sonar la bocina, al derrumbarse sobre el volante. Lo empujó a un lado, como había hecho con Shadd, y salió del coche.

Durante su estancia en Newmills, había alquilado uno, que ahora se hallaba estacionado en las inmediaciones. Cuando se acercaba al vehículo, un hombre apoyado en un bastón, apareció ante sus ojos.

—Lo ha hecho muy bien, Rustler —dijo el anciano.

—Me gusta cumplir mis compromisos —respondió Rustler.

—Sí, ya veo. ¿Un cigarro?

Rustler aceptó el habano que le ofrecía su interlocutor. —Apostaría algo a que vino para ver si ejecutaba el trabajo— dijo.

El anciano sonrió.

—Cuando uno invierte diez mil dólares en un negocio, resulta comprensible que trate de comprobar que no tira el dinero —contestó.

—Sí, es cierto. Oiga, ¿no tiene ningún encarguito más de la misma índole?

—Lo siento. Esto se ha acabado ya. Mildner era el último de la serie. Adiós, Rustler.

—Adiós, buen hombre.

El anciano se alejó, caminando sin prisas. Rustler sonrió, mientras sujetaba el cigarro con los dientes.

Sacó un fósforo y lo encendió. Luego entró en el coche, dio el contacto y arrancó.

A los pocos momentos, sintió un fuerte vértigo. Notó que perdía la conciencia con rapidez y pensó en las últimas palabras del viejo. «Esto se ha acabado ya», repitió, con los postreros restos de lucidez.

Dado que era de noche, el automóvil rodaba a buena velocidad, aunque no tanto que pudiera llamar la atención de una patrulla nocturna. Pero el choque contra un farol se hizo inevitable cuando el coche quedó sin gobierno.

El impacto hizo mucho ruido. Algunos vecinos despertaron sobresaltados. Una patrulla acudió casi enseguida y sus dos miembros corrieron a auxiliar al accidentado.

A los pocos momentos, vieron que estaba muerto. Las lesiones que presentaba, sin embargo, no aparentaban excesiva gravedad.

—Yo diría que el corazón le falló —opinó uno de los policías—. ¿Quizá estaba muerto ya en el momento del choque?

—Sí, es posible; suele ocurrir en más de una ocasión —convino el otro agente.

CAPÍTULO XV

—Hemos estado siguiendo una pista falsa desde el primer momento —dijo Julia a la mañana siguiente.

—Resulta comprensivo. No hay asesino, que no planea un crimen, que no cuente con dejar una o más pistas falsas. De lo contrario, no hubiéramos estado dando golpes en el aire desde hace tantos meses.

—Bueno, si bien se mira, no son tales golpes en el aire. Al fin hemos llegado a una conclusión final, Chipp, Y ha sido a fuerza de batir el cobre: de otro modo, no conoceríamos ahora la verdad.

—Casi toda la verdad —puntualizó él—. Aún faltan algunos detalles.

—¿Por ejemplo?

—Él nos lo dirá.

—Suponiendo que no se niegue, Chipp.

—Espero que se muestre dispuesto a cooperar, Julia.

—¿Cómo piensa conseguirlo, Chipp?

Dealon sonrió.

—¿Qué le parecería una buena trampa? —sugirió.

—Siempre que funcione...

—Eso espero, Julia.

—Bien, pero ¿qué clase de trampa?

—¿Le agradaría conocer personalmente a la señora Van Gorthman?

—No tengo ningún inconveniente —accedió la muchacha.

—Bien, en tal caso, irá a su casa a la noche. Trataré de que la invite a cenar.

—Usted también asistirá, supongo —dijo Julia, mientras Dealon se encaminaba hacia la puerta. Ambos se hallaban en el departamento de la joven, al cual había acudido él, apenas conoció las noticias de las muertes de Mildner y de Rustler.

—La fiesta no tendría atractivo sí yo faltara —contestó Dealon.

—Presuntuoso —le apostrofó Julia, mientras él cruzaba ya el umbral.

Dealon buscó una cabina telefónica. Le había parecido más conveniente hablar con Wanda sin testigos.

Ella se quedó muy sorprendida de la petición que le formuló el abogado.

—Pero, no sé qué dirá...

—¿Acaso le teme usted, Wanda?

—Por supuesto que no. Temo que le extrañe, sin embargo.

—Eso ya lo doy por descontado. Pero usted puede obligarle a asistir. Dígale que sus invitados merecen que él asista.

—Sí, entiendo. Tom, ¿qué va a pasar? —preguntó Wanda aprensivamente.

—A usted, nada, salvo que sus temores habrán cesado de una forma definitiva. ¿Le parece poco?

Ella suspiró.

—Tom, ¿por qué no le habré conocido a usted antes? —exclamó con acento lleno de melancolía.

—No me gustaría herirla, pero usted y yo nos encontramos en un caso análogo al actual.

—Sí, ya sé, le paso demasiados años.

—No son muchos, Wanda. A los cuarenta años, una mujer de su clase tiene todavía muchas perspectivas. Lo que hace falta es tener un poco de tino en la elección. Espero que esto le sirva de experiencia para el futuro.

—Ojalá sea así —se despidió ella con amargura en la voz.

Dealon colgó el teléfono. Salió de la cabina y subió a su coche. De allí, sin pérdida de tiempo, se dirigió a casa del profesor Brawson, con el que esperaba sostener una fructífera entrevista.

Wanda en persona acudió a abrir la puerta y se encontró frente a una hermosa muchacha de pelo negro, que vestía un audaz traje de color granate, muy escotado y sin espalda. La falda era cortísima y el atuendo estaba completado por un bolso y botas altas hasta más arriba de la rodilla, todo del mismo color.

—Usted es Julia Cluter —adivinó la dueña de la casa.

—Sí, señora Van Gorthman.

Wanda suspiró.

—Ahora comprendo por qué no puedo competir con usted —dijo—. Entre, por favor, señorita Cluter.

—Gracias, señora, pero me sentiré más a gusto si me llama por mi nombre. ¿Puedo preguntarle si ha venido ya Chipp?

—Sí, está en el salón. Iré a llamarle...

—No, no hace falta; quizá está ocupado. Esperaré, si no tiene inconveniente.

—A su gusto, Julia. ¿Quiere tomar algo?

—Aún es pronto, señora. Por favor, dígame, ¿cómo se encuentra?

Wanda dejó de sonreír.

—Terriblemente nerviosa —contestó—. Pero espero que Chipp lo arregle todo. Por cierto, gracias a usted, que le dio la primera pista. No sabía que conociera a Milton Kenner.

—Su muerte no me pareció normal. Por eso fui a buscar a alguien que investigara a fondo. Pensé que Chipp Dealon podía hacerlo mejor que ninguno.

—Indudablemente, así ha sido.

—¿Hablaban le mí? —Sonó de pronto la voz del abogado.

Las dos mujeres se volvieron hacia Dealon.

—Mencionamos su nombre por casualidad —explicó Wanda.

—Bueno, yo creí que estaban poniéndome verde —rió el abogado—. Wanda, ¿ha llegado su esposo?

—Todavía no. Telefoneó diciendo que tardaría unos minutos.

—Debe de estar a punto de llegar. Será mejor que nos marchemos de aquí —propuso Dealon.

Julia y Wanda accedieron. El salón quedó desierto durante unos momentos.

Luego, un hombre de pelo blanco, que caminaba apoyado en un bastón, apareció por una de las puertas. Se sentó en un sillón, agarró una revista, se caló las antiparras y empezó a leer tranquilamente.

Emil Van Gorthman silbaba alegremente mientras abría la puerta con su llave. Entró, cerró de un elegante taconazo y dio unos pasos en el interior.

De pronto, se detuvo, completamente rígido. Una expresión de cólera apareció en su rostro.

—¡Pete, maldito seas! —barbotó furiosamente—. ¿Qué diablos

haces en mi casa?

El anciano se quitó los lentes y miró extrañado al recién llegado.

—¿Decía usted, joven? —preguntó.

—Vamos, vamos. Pete, no te hagas el gracioso. Esta broma no me divierte en absoluto.

De pronto, llamaron a la puerta. Van Gorthman vaciló un momento.

—Abra, joven, abra, están llamando —dijo el anciano.

Emil se volvió y abrió, Su sorpresa fue enorme al verse frente a Pete Gandly.

—¡Pete! ¿A qué diablos vienes a mi casa? —gritó.

Gandly se sorprendió de la pregunta.

—¿Cómo puede decir tal cosa? Usted me ha llamado, citándome para esta hora.

Una horrible sospecha se infiltró en la mente de Van Gorthman, Lentamente, volvió la cabeza y escrutó el rostro del hombre de pelo blanco que continuaba sentado en el diván.

—Usted es... el profesor Brawson —murmuró.

—Nunca lo he negado, joven —sonrió el aludido—. Su esposa tuvo la gentileza de invitarme a cenar y consideré un honor y un placer aceptar la invitación. Pero no entiendo por qué me llamaba Pete; mi nombre es Sam, señor Van Gorthman.

Emil hizo un esfuerzo por recobrar la serenidad.

—Fue... fue una broma... —tartamudeó.

—Emil, esto no me gusta nada —gruñó Gandly—. Tiene todo el aire de una trampa.

—«Es» una trampa —corroboró Dealon, apareciendo de repente por una de las puertas del fondo.

Dealon tenía algo en las manos, que arrojó al centro de la sala.

—Una peluca blanca y un bastón, elementos que le permitían a usted hacerse pasar, en determinadas circunstancias, con un tipo que se hacía llamar Charles Brown y cuya apariencia física era muy parecida a la del profesor Brawson —dijo—. Lo he encontrado en su casa, Gandly.

El sujeto parecía aterrado. Van Gorthman, en cambio, estaba rehaciéndose.

—Bien, pero no entiendo a qué viene una cosa semejante...

—¿De veras? —sonrió Dealon—. Entonces, ¿por qué confundió

al profesor con Pete Gandly? ¿Quién, sino usted, sugirió a su cómplice la idea de adoptar semejante aspecto en determinadas circunstancias y de hacerse llamar Charles Brown? Por ejemplo, cuando iba a recoger los informes que había solicitado por correo de una agencia de investigaciones o cuando enviaba unas mortíferas cajas de cigarros, entregándolas a una casa de repartos. Cuando se investigase, siempre saldría a relucir el profesor Brawson como presunto autor de todos los crímenes que se han cometido en Newmills en los últimos tiempos.

»Usted, Emil, fue el instigador y aun ejecutor material en alguna ocasión, y Pete, su cómplice y también asesino. Todos los componentes de la Hexa debían morir, salvo usted, Emil. Alguien pensaría que era una sutil venganza del profesor, por haberse quedado sin empleo en una empresa prometedora. Lo cual no le impedía obtener beneficios de sus víctimas, como ocurrió en los casos de Shadd y Laxton. Había que sufragar gastos, que solían ser elevados, y no siempre podía recurrir al dinero de su esposa. Además, ¿por qué no sacarles dinero, si lo tenían?

—»Sí —continuó Dealon—; el profesor se vengaba, así lo creerían todos, y también moriría su esposa, con lo cual usted heredaría millón y medio de dólares. Habiendo muerto antes cuatro miembros de la Hexa, ¿quién iba a sospechar de usted, si todas las muertes se habían producido de un modo tan sutil? Nadie, sino un químico tan reputado como el profesor Brawson, podía preparar el veneno que actuaba cuando el tabaco ardía y producía unos efectos semejantes a los de un colapso cardíaco.

»Y también el profesor Brawson podía ser el único que preparase las cartas humeantes que escribía un tipo imaginario llamado "Infalible". De paso, eliminaban a unos cuantos tipos de pésima fama, con lo que confundían las pistas, haciendo creer que el asesino se desembarazaba de unos presuntos cómplices. Harmon y los demás rufianes no tenían que ver con este asunto, ni siquiera Mildner, aunque era socio de Shadd en The Golden Wheel. Pero la policía se desorientaría: esos tipos podían pasar por los que cometían los asesinatos y luego, a su vez, eran asesinados, para cerrarles la boca.

»Incluso consiguió que Shadd y Laxton recelasen el uno del otro, y hasta logró que Mildner entrase en su juego, sin sospecharlo

siquiera. No obstante, olvidó que Pete Gandly también había trabajado como ayudante de Brawson en la Hexa y que ahora estaba empleado en una compañía de fumigaciones aéreas. Y si no. ¿Quién nos atacó a Julia Cluter y a mí desde un aeroplano fumigador, con bombas de mano y metralleta?

Von Gorthman hizo un esfuerzo para hablar.

—Ha averiguado muchas cosas, abogado —dijo.

—En efecto, y he tenido un valioso auxiliar en una chica llamada Sheree Gardner. Ella también trabaja en esa compañía de fumigaciones y usted fue allí, solicitando un puesto de piloto, ya que posee el título. Hizo unas cuantas pruebas, en una de las cuales y en compañía de Pete, nos bombardeó y ametralló, puesto que se daba cuenta de que yo no caía en la trampa de los cigarros envenenados. —Dealon meneó la cabeza—. «Infalible», usted no se merece el apodo; en esta ocasión ha fallado.

Van Gorthman sonrió desdeñosamente.

—¿Podrá presentar las pruebas de lo que ha dicho? —preguntó.

—No tardará mucho en saberlo. Usted decía ser infalible, pero ¿cómo pudo cometer el error de olvidarse uno de los sobres especiales en su propia casa?

Dealon se volvió hacia el silencioso Gandly, de cuya frente brotaban innumerables gotitas de sudor.

—¿Era usted el que preparaba los sobres, Pete? —preguntó.

Gandly boqueó agónicamente.

—Sí... lo diré todo... —gimió, repentinamente acobardado—. La idea fue suya... él lo planeó todo... Quería quedarse con el dinero de su esposa...

—¡Imbécil! —barbotó Emil—. En efecto, fallé al aliarme con un estúpido como tú.

De pronto, sacó un revólver y disparó los seis tiros contra Gandly. El químico se derrumbó, acribillado a balazos.

Furioso todavía, Van Gorthman arrojó el revólver contra el todavía convulso cuerpo de su cómplice. Varios hombres uniformados, al frente de los cuales figuraba el teniente Druro, irrumpieron en la casa.

—No se mueva, Van Gorthman —intimidó el teniente—. Está usted arrestado...

Con gran calma, Van Gorthman sacó una pitillera y se puso un

cigarrillo entre los labios. Luego alargó las manos hacia el oficial.

—Puede ponerme las esposas, teniente —invitó. Se volvió hacia Dealon y alargó ligeramente la cabeza—. Enciéndame el cigarrillo, abogado, por favor —solicitó.

Las argollas de acero se cerraron en torno a las muñecas de Van Gorthman. Druro se volvió hacia Dealon.

—Le espero mañana en mi oficina —dijo.

—No faltaré, teniente —contestó el joven.

Druro empujó suavemente a su prisionero. De repente, Van Gorthman dio un traspié y cayó al suelo.

El teniente lanzó una exclamación. Un par de agentes se precipitaron a socorrer al caído, de cuyos labios se había escapado el cigarrillo encendido.

Dealon se sintió acometido por un negro presentimiento. Van Gorthman respiraba convulsivamente. El teniente Druro pedía a gritos un médico.

—Creo que no será necesario —dijo Dealon—. Por lo visto, Gandly también preparaba cigarrillos envenenados.

—El asunto ha tenido un final desagradable, aunque sólo por el momento —dijo Dealon más tarde—. Es duro hablar así, pero usted ha quedado libre, Wanda. Emil no quiso afrontar la perspectiva de toda una vida encerrado entre los cuatro muros de un presidio.

—Estoy viva gracias a usted —contestó la dueña de la casa—. Me gustaría poder demostrarle mi gratitud con algo más que simples palabras.

Dealon sonrió, mientras pasaba un brazo por los hombros de Julia.

—Voy a pedir la mano de esta chica tan simpática —dijo—. Si ella me dice que sí, háganos un buen regalo de boda.

—Cuenten con ello —aseguró Wanda.

—No se olviden de invitarme a mí a la boda —pidió Brawson.

—No nos olvidaremos —prometió Dealon.

Wanda y Brawson quedaron solos en la casa. El profesor miró especulativamente a la hermosa mujer que tenía frente a sí.

—Me gustaría venir a visitarla otro día —manifestó.

—Siempre que guste —accedió ella.

Brawson se pasó la mano por el pelo.

—Tendré que recortármelo —murmuró—. Parezco un viejo de

mil años.

—Oh, yo creí que tendría lo menos sesenta —exclamó Wanda.

—Cincuenta, recién cumplidos, señora. Lo que sucede es que soy un canoso prematuro y con esta moda de las melenas largas, parezco un Einstein de pacotilla. Pero si me tiño un poco las canas, tiro el maldito bastón y me pongo otros ropajes...

Volvió a mirar a la mujer y sonrió.

—Me retiré demasiado temprano. Tendré que pensar en buscar trabajo de nuevo —añadió—. Pero hay tiempo para eso, ¿no cree, señora?

—Sí, profesor.

Dealon y Julia caminaban hacia el automóvil.

—Chipp, antes dijiste que me ibas a preguntar si quería casarme contigo —le recordó ella.

—Es cierto —admitió Dealon.

—Todavía no me lo has preguntado.

—Eres doctora en Psicología. Trata de adivinar mis pensamientos.

Julia rió suavemente.

—Los conozco de sobras, pero a las mujeres nos gustan ciertas fórmulas —contestó—. El protocolo, ¿sabes?

Dealon hizo la pregunta y ella dijo que sí. Luego se besaron.

FIN

SORTEO DEL MILLON

**PISO Y COCHE
O UN MILLON
SOLO PARA ESPAÑA**

**¡Un magnífico piso y un moderno coche
pueden ser suyos!
O SI LO PREFIERE**

**¡UN MILLON
DE PESETAS!!**

Bastará con que resida en España y nos envíe al lugar y en la fecha que le indicaremos, el cupón para participar en este sensacional sorteo. Cupón que a partir de la primera semana de Julio de 1973 encontrará en las últimas páginas de todas las novelas que EDITORIAL BRUGUERA, S. A. publica en sus populares colecciones:

AMAPOLA
MUJERES MARCADAS
SELECCION CORAL
CAROLA
CORINTO
SERVICIO SECRETO
PUNTO ROJO
BISONTE SERIE ROJA
BISONTE SERIE AZUL
BUFALO SERIE ROJA
BUFALO SERIE AZUL
CALIFORNIA
SALVAJE TEXAS

COLORADO
KANSAS
BRAVO OESTE
ASES DEL OESTE
HEROES DEL OESTE
CENTAURO
HEROES DE LA PRADERA
CALIBRE 44
OESTE LEGENDARIO
HOMBRES DEL OESTE
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO
SELECCION TERROR

Busque en la cubierta
este distintivo:

Adquiera su novela,
disfrute de unas horas
de grata lectura, envíe
el Cupón... y



¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



